

5125

E1

an Captain

8

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Atuosa edición dirigida por D. NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA é ilustrada con una notable colección de oleos y grabados intercalados en el texto por D. RICARDO BALACA y D. J. LUIS PELLICER

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pino y canto dorado. — Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Hay un número de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de setas ejemplar.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

POR DON MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS POR D. JUAN VALERA, CON LA COLABORACIÓN DE D. ANDRÉS BORRERO Y D. ANTONIO PIRAL

EL GRAN CAPITAN,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

por

D. ANTONIO GIL Y ZÁRATE.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Noviembre de 1843.


PERSONAS.

ACTORES.


GONZALO DE CÓRDOBA. . .	<i>Don Julian Romea.</i>
EL DUQUE DE NEMOURS. . .	<i>Don Florentino Romea.</i>
DIEGO GARCÍA DE PAREDES. . .	<i>Don Pedro Sobrado.</i>
PIZARRO, <i>Capitán español.</i> . . .	<i>Don Manuel Argente.</i>
MENDOZA, <i>idem.</i>	<i>Don Lázaro Perez.</i>
BAYARDO, <i>Capitan francés.</i> . . .	<i>Don Lorenzo Paris.</i>
AUBIÑÍ, <i>idem.</i>	<i>Don Joaquin Sanchez.</i>
ALEGRE, <i>idem.</i>	<i>Don Carlos Hornero.</i>
CHANDENNIER, <i>capitan suizo.</i> . . .	<i>Don Luis Fabiani.</i>
COLONNA, <i>capitan italiano.</i> . . .	<i>Don Elias Noren.</i>
UN ALCALDE DE CASA Y CORTE.	} <i>Don José Perez Pló.</i>
VELASCO, <i>Soldado español.</i> . . .	
FORTUN, <i>idem.</i>	<i>Don Manuel Garcia.</i>
LOPE, <i>idem.</i>	<i>Don José Diez.</i>
HERNAN, <i>idem.</i>	<i>Don José Ramirez.</i>
PEREZ, <i>idem.</i>	<i>Don Ignacio Silvostrí.</i>
GAMBOA, <i>idem.</i>	
NUÑEZ, <i>idem.</i>	
GUZMAN, <i>idem.</i>	
UN OFICIAL FRANCÉS.	
UN OFICIAL ESPAÑOL.	
UN SOLDADO ESPAÑOL.	
ELVIRA, <i>hija de Gonzalo.</i> . . .	<i>Doña Matilde Diez.</i>
LEONOR, <i>dueña de Elvira.</i> . . .	<i>Doña Trinidad Parra.</i>
Capitanes españoles y franceses. — Soldados. — Escuderos. — Pages. — Damas.	

La escena es en Italia. El primero y segundo actos pasan en Nápoles; el tercero y cuarto en Barleta; el quinto en Cerinola. — Año de 1503.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.



Acto primero.



Sala espaciosa en el palacio de Nápoles.

ESCENA PRIMERA.

PAREDES. PIZARRO. MENDOZA. BAYARDO. AUBIÑÍ. ALEGRE.
CHANDENNIER. COLONNA. CABALLEROS ESPAÑOLES, FRANCESES
É ITALIANOS.

(Al correrse el telon estan los caballeros en varias mesas jugando unos con otros ; Paredes con Bayardo, Aubiñi con Mendoza &c. Chandennier solo en una mesa se ocupa en beber.)

Bayardo. (Jugando á los dados.)

Tres.

Paredes. Seis.

Bayardo. Otra vez ganais.

Aubiñi. Tambien perdí : me da grima.

Paredes. Siempre España queda encima.

Bayardo. Al menos mucho os jactais.

*Paredes. Y hago bien : debajo el sol,
desde la China á Inglaterra,
no hay hombre sobre la tierra
mas guapo que el español.*

*Es en la guerra animoso,
en los estrados galan ;
todos la palma le dan
por cortés y generoso ;
y ya vista seda ó malla,
asi, con gracia y valor,*

vence en las lides de amor
como en la marcial batalla.
¿ No es esto, Mendoza?

Mendoza. ¿ Y tanto!

Pizarro. Válgate el diablo, Paredes:
¿ qué charlar! ¿ Callar no puedes?
Me has hecho perder un tanto.

Paredes. Señor Pizarro, ancho pecho:
paciencia si habeis perdido.

Pizarro. Es porque me has distraído,
con el elogio que has hecho.

Paredes. Pues si os agrada, con gusto
bien podeis perder un juego.

Pizarro. Mas de tanto hablar reniego.

Mendoza. A España alabar es justo.

Bayardo. ¿ Dónde dejais al francés?

Paredes. Par diez, que es buen caballero
tambien: negarlo no quiero;
ni he de ser tan descortés
cuando vos estais delante,
buen Bayardo, á quien la fama
sin tacha y sin miedo aclama.

Pizarro. Perdí este juego: adelante.

Alegre. Pues con este ya van dos.

Aubiñi. Si os han de creer, España
es un país de cucaña.

Paredes. Aquella es tierra de Dios.

Aubiñi. ¿ De qué Dios?

Paredes. ¿ Soy yo pagano?

¿ Buena la pregunta está!

Cuando digo Dios, será
el de todo fiel cristiano.

Aubiñi. No hace tanto tiempo, á fé,
que España adoró á Mahoma.

Paredes. Pues mala polilla os coma,
¿ cuándo un Dios Mahoma fué?
Y aunque lo fuera, excusadas
son vuestras chanzas mordaces;
que él y todos sus secuaces
los echamos á lanzadas.

Aubiñi. Buen trabajo os ha costado.

Paredes. Mas le ha costado á la Francia

vencer la fiera arrogancia
del inglés que la ha humillado.

Aubiñi. Vale un inglés por diez moros.

Paredes. ¿De qué lo inferís, seo guapo?

Chanden. (Otra botella destapo.)

Pizarro. Mirad que el triunfo son oros.

(*Al que juega con él.*)

Aubiñi. La sangre septentrional,
aun supuesto igual valor,
en pujanza y en vigor
vence á la meridional.

Paredes. ¡Vive Dios, Mon de Aubiñí,
que estais hablando sin tino!

Chanden. (Este sí que es rico vino.)

Aubiñi. ¿Eso me decís á mí?

Paredes. Diez, si tienen tal pujanza,
vengan conmigo á luchár;
que los echaré á rodar
con un bote de mi lanza.

Aubiñi. Basto yo.

Paredes. Pues si quereis,
vos y todos.

Los franc. Aceptamos.

Paredes. Juntos.

Bayardo. Uno á uno.

Paredes. Vamos.

Los españ. Os seguimos.

Colonna. (*Poniéndose entre todos.*)

¡Eh! ¿qué haceis?

Para el contrario, en campaña,
guardad ese noble ardor,
que entonces será mejor
quien haga mayor hazaña.

Aquí sois todos aliados,
no españoles ni franceses;
unos son los intereses,
y una causa os tiene armados.

A su amigo nadie ofenda;
porque en tal rivalidad,
difícil es, en verdad,
el decidir la contienda.

Virtudes brillan eu todos

que os hacen á todos buenos ;
y nunca fué valer menos
brillar por distintos modos.

Chanden. *(Que no se habrá movido, continuando bebiendo en su mesa.)*

Tiene razon, vive el cielo:
ese Colonna es un sabio.

Paredes. ¿Ahora moveis el labio,
buen Chandennier?

Chanden. Es que un duelo
he tenido á muerte.

Paredes. ¿ Vos?

¿ Con quién ?

Chanden. *(Enseñando las botellas.)*

Con estas ha sido;
y me era hablar prohibido
hasta vencer á las dos.

Todos. ¡ Ah! ¡ ah! ¡ ah!

Chanden. Fué gran valor;
mas la hazaña al fin se hizo.

Paredes. Dejariais de ser suizo
para no ser bebedor.

Chanden. Mirad aqui mis blasones.
En tanto que neciamente
disputabais, yo prudente
unia á las dos naciones.

Todos. ¿ Cómo? ¿ cómo?

Chanden. *(Tomando una tras otra las dos botellas.)*

Este es de Francia...

Este de España... ; Esquisitos!

Mas ambos me daban gritos
en su cristalina estancia.

“Yo soy mejor,” dice el uno:

“yo valgo mas,” clama el otro...

Pues bien, entre este y estotro,
no doy razon á ninguno.

“Los dos sois buenos asaz,”

digo yo: cada cual entre...

Entraron... y ya en mi vientre
se encuentran los dos en paz.

Paredes. ¿ Como juntos no os den guerra
á vos!

Chanden.

¿A mí? ; Voto á tal!

Ni aun otro escuadron igual
lográra verme por tierra.

Vengan aqui mas botellas;
que como en la lid mis manos
destrozan napolitanos,
asi daré fin con ellas.

Aubiñi.

Sois, no hay duda, valeroso;
mas ya la guerra acabó.

Chanden.

Es lo que mas siento yo:
me cansa el estar ocioso.

Paredes.

A mí tambien... ; Mas si nada
á Italia costó vencer!

Chanden.

; No nos ha dado que hacer!

Bayardo.

En un mes fué conquistada.

Paredes.

Pensando dar fuerte palo,
vivimos como haraganes.

Colonna.

¿Quién resiste á capitanes
como Nemours y Gonzalo?

Paredes.

Eso es verdad... ; Dónde se halla
otro mas diestro ó mas bravo?
Yo á mi general no alabo,
que por sabido se calla.

Mas me cumple hacer aqui
justicia á Nemours valiente;
que igual nobleza en la frente
jamás de un guerrero vi.

Pocos años, en verdad,
aun cuenta para la gloria;
mas ; qué importa? la victoria
no reconoce la edad;
y antes bien, sienta el laurel
tal á su rubia melena,
que á los hombres enagena,
y arden las damas por él.

ESCENA II.

DICHOS. NEMOURS.

(*Nemours habrá salido á la escena al empezar Paredes los anteriores versos, y se ha quedado oyéndolos.*)

Nemours. Gracias, valiente Paredes ;

pues la alabanza es gustosa
cuando la da un hombre honrado
y no lisonjera boca.

Paredes. ¿Cómo, duque, me escuchabais?

Nemours. Os oí la oracion toda.

Paredes. Pues podeis estar seguro
que si pensara otra cosa,
conforme he dicho lo bueno...

Nemours. Vuestra franqueza es notoria.

Asi quiero yo á los hombres.

Paredes. Cuando la espada está pronta
á satisfacer agravios,
el alabar no deshonra.

Nemours. No; mas para tanto honor
aun mis virtudes son pocas.
Tributad ese homenaje
á vuestro gefe, en buen hora;
que hablando del gran Gonzalo
cualquiera alabanza es corta,
y no en vano el mundo entero
el gran capitán le nombra.
¿Quién mas valiente en las lides?
¿Quién las haces destructoras
guía mas diestro al combate,
ó mejor dicho, á la gloria?
¿Quién mas sabio en el consejo
do su mente previsor
serena traza los triunfos
con que luego al orbe asombra?
Viejo parece en lo cuerdo,
y jóven cuando se arroja,
tanto la prudencia en él
con el valor se eslabona.
Es Marte cuando el bridon
con mano segura doma;
y aun en los estrados luce
tan gallarda su persona,
que si los triunfos de amor
placieran á su alma indómita,
tantos pudiera contar
como en el campo coronas.
Afable, tiende al soldado

la mano tan generosa,
 que hasta con su propia hacienda
 sus hazañas galardona;
 y tal ánimo le infunde,
 tal confianza en él provoca,
 que do le muestra un peligro,
 allí mira una victoria.

Paredes. Esa alabanza es el timbre
 de que ufano mas blasona.
 Yo, y conmigo estos caudillos
 que las armas españolas
 conducen, en nombre suyo
 gracias os damos. Mendoza,
 Pizarro, Zamudio, y vos
 tambien, ilustre Colonna,
 decid: ¡salud á Nemours!

¡A la Francia honor y gloria!
Los españ. ¡Gloria y honor á la Francia!

(*Descubriéndose.*)

Nemours. Y nuestros labios respondan,
 franceses, ¡gloria á Castilla!

Los franc. ¡Gloria á Castilla! (*Descubriéndose.*)

Nemours. Y ahora,
 dadme la mano.

Paredes. Tomad.

Nemours. Apretad, que es vanagloria
 juntar mi mano con mano
 que tantas hazañas obra.
 ¿Seremos amigos?

Paredes. Mucho,
 que en ello Nemours me honra.
 Mas sedlo tambien de España;
 pues os digo sin lisonja
 que si en su daño algun dia
 tocais la guerrera trompa,
 amigo y todo, en el campo
 vive Dios que no os conozca.

Nemours. Asi ha de ser; que aunque dura,
 es ley que seguir importa;
 y á lo que manda el honor
 jamas la amistad estorba.
 Mas por dicha un pueblo solo

Francia y España aqui forman ;
 y siendo asi, caballeros,
 ¿por qué las fugaces horas
 bajo estos techos perdeis,
 mientras con tan frescas sombras,
 y auras suaves y puras,
 y flores de grato aroma,
 el ancho jardin os brinda
 entre sus calles frondosas?
 Allí en nobles ejercicios
 lanzas vuestras manos rompan,
 que nunca debe el guerrero
 las armas dejar ociosas:
 ó bien la acerada espuela
 sienta el bridon que le acosa,
 y agite fiero en las plazas
 de su airosa crin las ondas ;
 ó de ese mar que hora manso
 riza las lucientes olas,
 cruzad el terso cristal
 en las barquillas que adornan
 toldos de seda y brocado,
 y alegran arpas sonoras.

Mendoza. Yo en mi tordillo andaluz,
 que apenas la tierra toca,
 á D'Aubiñí desafio
 en su jaca corredora.

Aubiñí. Acepto.

Paredes. Y yo, si Bayardo
 consiente, sin férrea cota
 le desafio á la esgrima.

Bayardo. ¿La francesa ó la española?

Paredes. Las dos igualmente sé.

Bayardo. Pues á las dos.

Paredes. Me acomoda.

Bayardo. Vamos, pues.

Paredes. Duque, ¿venís?

Nemours. No puedo, que me lo estorban
 cuidados mil.

Paredes. Dios os guarde.

Nemours. Id, señores, en buen hora.

(*Vanse todos, menos Nemours.*)

ESCENA III.

NEMOURS.

Cuando vestido de luciente acero,
 á lid sangrienta el paladin se apresta,
 ¿quién á su brazo noble esfuerzo presta?
 ¿quién á su corazon ardor guerrero?
 La beldad, el amor. Su orgullo fiero
 rendido adora la beldad modesta,
 y admite, en tierra la rodilla puesta,
 la banda, prenda de un amor sincero.
 Un poderoso rey su honor, su gloria,
 en estos climas á mi esfuerzo fia;
 y aunque guió mis pasos la victoria,
 desfallece del brazo la energía;
 que solo grande me verá la historia,
 si, premiando mi amor, Elvira es mia.

ESCENA IV.

ELVIRA. NEMOURS.

Nemours. Pero ¿quién se acerca...? ¡Es ella!
 Cobra aliento, corazon;
 pues la amas con tal pasión,
 si es sensible cuanto bella,
 aun desmayas sin razon.—
 Salud á la hija hermosa
 del gran Gonzalo.

Elvira. Pensaba
 que mi padre aqui se hallaba.

Nemours. No; mas ¿qué ocasion dichosa
 me procura...?

Elvira. ¡No está!

Nemours. (Acaba,
 necio temor.)

Elvira. Perdonad...
 Dios os guarde.

Nemours. ¿Os vais, señora?

Elvira. Debo...

Nemours. Por Dios, esperad;

y no me priveis ahora
 de admirar tanta beldad.
 ;Harto en retiro enojoso
 se guarda oculta esa flor,
 como de aroma precioso
 se encierra el suave olor
 bajo cristal envidioso!
 Salga mas bien á alegrar
 las almas con su hermosura;
 que del dia al despuntar
 mas bellas la rosa pura
 sus hojas ve desplegar.

Elvira.

Mas si bella entonces crece,
 ;cuán poco se ostenta ufana!
 Sobre el tallo en que se mece
 la que brilló en la mañana
 mística á la tarde perece.
 Como su fino arrebol
 es nuestro honor delicado:
 de esta vida en el crisol,
 no bien por ellos tocado,
 le ajan los rayos del sol.
 Allá, señor, en Castilla
 tal regla el honor invoca:
 siempre modesta y sencilla,
 la noble doncella brilla
 solo guardada en su toca.
 Su casa es sagrado templo
 de pureza y de quietud;
 mas ;qué mucho, si contemplo
 que una gran reina el ejemplo
 nos muestra de la virtud?
 Bella Isabel, su blason
 de grande y hermosa trueca
 por un puro corazon;
 y el cetro mudando en rueca,
 tuerce el nevado vellon;
 y á par que el reino espacioso
 sus decretos soberanos
 hacen grande y poderoso,
 vestir le agrada á su esposo
 con la labor de sus manos.

Nemours. ¡Feliz el pueblo, señora,
 á quien rige tal muger!
 de grandeza precursora,
 estenderá su poder
 desde el ocaso á la aurora.
 Sus virtudes imitad;
 que si el cielo os dió belleza,
 semejante á la deidad,
 al través de esa pureza
 brilla mas vuestra beldad.
 Tal vez tras de nube obscura
 oculta sus rayos rojos
 el sol; mas si su luz pura
 rompe la negra clausura,
 deslumbra mas nuestros ojos.
 Asi á los míos, Elvira,
 en vano escondida estais;
 pues si una vez os mostrais,
 mas vuestra beldad me admira,
 y mas amor me inspirais.

Elvira. ¡Qué escucho...! ¡Cómo...! señor...
 ¿Osais...?

Nemours. Oidme.

Elvira. El rubor...

Nemours. Oidme, os ruego: mi lengua
 nada, Elvira, puede en mengua
 deciros de vuestro honor.
 Cuando de orillas del Sena,
 do Luis armára mi mano,
 vine á la playa tirrena,
 y al guerrero castellano
 uníme en su ardiente arena,
 ¡con cuán impaciente afán,
 hijo de bélica llama,
 ver ansiaba al capitán
 que, terror del musulmán,
 alzó á los cielos su fama!
 Víle, y nuncio de victoria
 siendo su rostro imponente,
 pensé que en torno á su frente
 iba trazando la gloria
 una aureola esplendente.

Mas pronto del gran guerrero
 otra imagen eclipsó
 el aspecto noble y fiero;
 que á su lado apareció
 mas resplandeciente un lucero.
 Una muger... digo mal...
 un angel era... que tal
 el alma en ferviente anheló
 con su frente virginal
 pinta á la reina del cielo.
 Circunda su faz divina
 blanca toca por adorno,
 como nube blanquecina
 que reverente se inclina
 del brillante sol en torno.
 Al verla, quedé ofuscado
 con los rayos de su luz;
 que sobre el rostro nevado
 está en sus ojos cifrado
 todo el ardor andaluz;
 pero templado ese ardor,
 por la modestia sujeto,
 brilla al través del pudor;
 y si inspira tierno ardor,
 manda tambien el respeto.
 Esa, señora, erais vos,
 que á la par dulce y severa,
 decís con mirada fiera
 que no en vano os hizo Dios
 del gran Gonzalo heredera.
 Si el padre por su alta fama
 en mí causó admiracion,
 ya os lo digo sin ficcion,
 la hija en ardiente llama
 abrasó mi corazón.
 Aunque parezca arrogancia,
 es mi estirpe de las buenas;
 que hay sangre regia en sus venas,
 y de sus hechos en Francia
 estan las historias llenas.
 Esta confianza, señora,
 disculpe mi ardor insano;

y aunque tanto en ello gano,
perdonad al que os adora
el ofreceros su mano.

Elvira.

Señor, atónita y muda
vuestro discurso escuché...
Tal vez en oírlo erré;
y ahora en penosa duda
qué responderos no sé.
Yo debiera haber huido;
mas me he quedado... y contesto...
En ello imprudente he sido...
Pero si sois entendido,
bastante os digo con esto.

Nemours.

¿Ah! ¿me amais?

Elvira.

Si esto es amor,
yo misma, duque, lo ignoro;
mas si apreciar el valor
es amar... sí, yo os adoro
cuanto permite el honor;
y cuando en vana quimera
de un esposo me he formado
la pintura lisonjera,
confieso que he deseado
que á Nemours se pareciera.

Nemours.

¡Soy feliz!

Elvira.

Mas tengo un padre;
de él me es preciso obtener;
porque, sujeta al deber,
lo que á su voluntad cuadre,
eso no mas he de hacer.
Sofocando mi aficion,
donde él manda todo es vano:
solo aprobando esta union
os daré, Nemours, mi mano.

Nemours.

¿Y con ella?

Elvira.

El corazon.

ESCENA V.

DICHOS. GONZALO.

Gonzalo.

Albricias, noble Nemours.
Ya Manfredonia y Taranto >

rindieron sus altos muros
 al esfuerzo castellano:
 ya del uno al otro mar
 triunfantes nuestros soldados
 un nuevo reino aseguran
 á Luis doce y á Fernando,
 que repartiendo esta joya
 debida á su invicto brazo,
 sus diademas ornarán
 con nuevo florón entrambos.

Nemours. Hermoso triunfo es sin duda,
 mas corto para Gonzalo;
 y si el valor que me anima
 no es engañoso presagio,
 corto tambien para el ansia
 de gloria en que yo me abraso.
 Quiera Dios que á nuevas lides
 en breve juntos corramos,
 y que en ellas nuestras frentes
 se ciñan de verde lauro.

Gonzalo. Jamas donde ejercitarse
 le falta al valor un campo;
 y por si en nobles laureles
 es el mundo antiguo escaso,
 de abrir acaba á la gloria
 otro el español bizarro,
 rompiendo del ancho mar
 los límites nunca hollados.
 Mas bien lo sabeis, Nemours,
 en valor rivalizando,
 apenas nuestras legiones
 unidas tener logramos.
 Precaviendo altos disgustos,
 es fuerza ya separarnos;
 que á los amigos el ocio
 trocar pudiera en contrarios.

Nemours. Mas divididos, Italia
 hora rendida al desmayo,
 tal vez sacudiera al yugo
 nuevo aliento recobrando.

Gonzalo. Ó juntos ó divididos,
 Italia tiembla al mirarnos:

solo la discordia puede...

Nemours. Yo os propongo nuevos lazos
que afianzando nuestra union
recelos destierren vanos.

Gonzalo. ¿Cuáles?

Elvira. Señor, permitid
que me retire.

Nemours. Quedaos,
bella Elvira, y escuchad
de nuestro destino el fallo.

Gonzalo. ¿Qué decís, duque...? Y tú, Elvira,
turbada... los ojos bajos...
¡Oh, qué sospecha!

Nemours. Señor,
con franqueza el pecho os abro,
que no teme descubrirse
un amor cuando es honrado.
Decir quién soy es inútil;
son mis ascendientes altos;
mas no los nombro, que quiero
valer por mí lo que valgo.
Si con vos alguna estima
como caballero alcanzo,
como caballero os pido
de vuestra hija la mano.

Gonzalo. ¿Qué dices á esto, Elvira?

Elvira. Yo...

Gonzalo. Tu franqueza reclamo.

Elvira. Solo, cual hija obediente,
conozco vuestros mandatos.

Gonzalo. ¿Mas si acceder á esta union
mi voluntad fuera acaso...?

Elvira. Entonces con la obediencia
viera mis votos colmados.

Gonzalo. Siendo asi, ya es vuestra, duque:
no necesito pensarlo;
pues con hombres como vos
solo el dudar es agravio.

Nemours. ¡Ah, señor!

Elvira. ¡Ah, padre mio!

Gonzalo. Venid los dos á mis brazos.
Mas ¿qué ruido...?

ESCENA VI.

DICHOS. PAREDES. BAYARDO *y demas* CABALLEROS ESPAÑOLES
Y FRANCESES.

Paredes. ¡Vive Dios
que sois diestro, buen Bayardo.
Sí, amigos, fuerza es decirlo:
esta vez quedo debajo.

Gonzalo. ¿Qué es eso, Paredes? ¿Qué hay?

Paredes. Que este Bayardo es un diablo.
Sabeis que en jugar las armas
á los mas temibles gano;
pues ahora con la negra
me ha dado seis botonazos.

Bayardo. Y ¿qué tenemos con eso,
si he recibido otros tantos?

Paredes. Sí; mas me doy por vencido;
porque estoy acostumbrado
á que de doce jugadas
ni una me alcance el contrario;
y es quedar de igual á igual,
para mí, ser derrotado.

ESCENA VII.

DICHOS. UN OFICIAL.

Oficial. ¡Señor!

Gonzalo. ¿Qué quereis?

Oficial. De España
trae para vos despachos
un alcalde.

Gonzalo. ¿Qué decís?
Estareis equivocado.
¡Un alcalde!

Oficial. Sí, señor:
de casa y corte.

Gonzalo. Lo extraño.
¡En los asuntos de guerra
singular comisionado!

Oficial. Dice que aqui le conduce

del rey especial encargo ;
y que sin perder momento
un pliego debe entregaros.

Gonzalo. Bien está: decidle que entre. (*Vase el oficial.*)

Paredes. ¿Qué tienen que ver letrados
con nosotros? Esos cuervos
siempre traen algo malo.

Nemours. Con vuestro permiso...

Gonzalo. ¿Os vais ,

duque ? Pronto despachamos.

Luego que lea ese pliego ,

si es asunto reservado ,

yo seré quien me retire.

Tú, Elvira , vete á tu cuarto.

Elvira. Quedad con Dios.

Gonzalo. (*Abrazándola.*) A Dios , hija :
buen esposo has encontrado. (*Vase Elvira.*)

ESCENA VIII.

NEMOURS. GONZALO. CABALLEROS. EL ALCALDE.

Alcalde. Dios guarde al gran capitán.

Gonzalo. Él os guarde á vos también.

Alcalde. Soy, señor, el licenciado
Alonso Ruiz de Gumiél,
alcalde de casa y corte.

Gonzalo. Por muchos años.

Paredes. Amen.

Alcalde. Este pliego en vuestras manos
el rey me manda poner.

Gonzalo. ¡Su sello...! Acatarle es justo.

(*Se descubre y besa el sello.*)

Con vuestra venia, leeré.

Paredes. Estos letrados me irritan : (*Bajo á Mendoza.*)
á ninguno puedo ver.

Mendoza. Saben mucho.

Paredes. Sí, de embrollos ;

y contra dos pongo seis

á que este nos trae alguno.

Gonzalo. (*Después de leer el pliego.*)

¿Qué es lo que mis ojos ven ?

¿Sabe el señor don Alonso lo que dice este papel?

Alcalde. Lo sé; que de él un traslado me era preciso tener.

Gonzalo. ¡Vive Dios, que es torpe injuria!
¡Cuentas pretenden que dé!
¡No las pido á mis criados,
y á mí me las pide el rey!

Paredes. ¡Cómo! ¡cómo!

Alcalde. Grandes sumas, señor, percibido habeis;
y siempre dar justa cuenta de los caudales fué ley.

Paredes. Aquí se dan cuchilladas, señor cuervo, ¡voto á quien!
Estas, y nuestras heridas contadlas, si es que podeis;
pero otras cuentas...

Gonzalo. Callad, que yo contestar sabré.

Y de hacerme á mí los cargos ¿vos la comision teneis?

Alcalde. Sabe el cielo que me duele; pero es fuerza obedecer.

Gonzalo. ¿Sin duda entendeis de guerra?

Alcalde. Poco, en verdad, de ella sé; mas los cargos que hacer debo en este pliego vereis.

Gonzalo. Por Dios, que estais prevenido.

Alcalde. Quedaos, señor, con él; examinadlo despacio; y cuando hayais...

Gonzalo. ¿Para qué?

Entiendo poco de cifras; y solo calculo bien en el campo de batalla cuando cien huestes y cien atrevidos movimientos emprenden con rapidez, nobles figuras trazando do muerte en sangre se lee. Esta mi única aritmética,

señor licenciado, es :
 no la de esos garabatos
 que, en reducido papel,
 piden pobreza en el genio,
 y en el alma pequenez.
 ¡Bien contestado!

Paredes.

Alcalde.

No digo
 que vos de esto os ocupeis :
 otros habrá...

Gonzalo.

Yo tan solo
 soy responsable: leed.

Alcalde.

Tomaos tiempo.

Gonzalo.

Es inútil:
 sé muy bien lo que gasté ;
 y siempre el buen pagador
 está pronto á responder.

Alcalde.

Delante de tantas gentes...

Gonzalo.

Todas quiero que aqui esten ;
 que para dar cuentas claras
 secreto no he menester.

Nemours.

Son asuntos solo vuestros ;
 y asi me retiraré.

Gonzalo.

Asuntos son de mi honor :
 quedaos, duque, tambien ;
 que no ha de haber en el mundo
 quien dudar puidere de él.
 Sentaos, buen don Alonso :
 señores, no esteis en pié ;
 que el asunto pide calma.

(Todos se sientan. El alcalde se coloca delante de una mesa en ademan de escribir.)

Empezad ya, si quereis.

Alcalde.

(Leyendo.)

“Relacion de los caudales
 que en letras...”

Gonzalo.

No importa en qué :
 leed solo las partidas.
 ¡Cuántas son ?

Alcalde.

Ochenta y tres.

Gonzalo.

Y ¿ pensais tengo paciencia
 para oir tanta sandez ?
 Decid la suma.

Alcalde.

Es muy justo
que sepais... Pudiera haber
algun error.

Gonzalo.

Que los haya:
lo mismo es uno que diez.
Tampoco aqui reparamos,
cuando en batalla cruel
reñimos, si son quinientos
ó mil los que hay que vencer.

Alcalde.

Veinte millones de escudos
es la suma, si no erré.

Gonzalo.

Y lo que dí de mi hacienda
¿comprendido en eso habeis?

Alcalde.

¿De vuestra hacienda?

Gonzalo.

¿Pues no?

Cuántas veces sin comer
quedáranse mis soldados,
si yo con lo que heredé
sus hambres no socorriera;
y aun en dias de escasez,
que saqueasen mi casa
para pagarles mandé.

Alcalde.

¡Rara generosidad!

Gonzalo.

Pues sabedlo: despudez,
miseria, tal es su suerte
en paz y en guerra: merced
á que les sobra en constancia
lo que en paga han menester;
y cuando toca el clarin,
sin zozobra se les ve,
desnudos, marchar al fuego,
y hambrientos, lauros coger.

Alcalde.

Justificad esos gastos:
se abonarán.

Gonzalo.

No par diez;
que nunca vuelvo á tomar
lo que una vez regalé.
Ahora bien, mis descargos
escuchad.

Alcalde.

Escribiré.

Gonzalo.

¡Bueno! — En balas de cañon
seis millones.

- Alcalde.* ¡Mucho es!
- Gonzalo.* Si las hubieseis oído poco os pareciera á fé.
- Alcalde.* Asi será. — ¿Luego?
- Gonzalo.* En hilas otro tanto vendrá á ser.
- Alcalde.* ¡Cómo! ¿En hilas seis millones?
- Gonzalo.* Pues ¿qué os admira? ¿Sabeis las heridas que en los pechos de esos valientes se ven? Y aun la sangre que han vertido no os quiero en cuenta poner; porque es sangre tan preciosa, que si tasarla quereis, los tesoros de las Indias cada gota ha de valer; pero el español valiente es tan generoso y fiel, que esa sangre inestimable de balde la da á su rey.
- Paredes.* ¿Si pensará que es la tinta con que emborriona el papel?
- Alcalde.* Seis millones... Adelante.
- Gonzalo.* Por sufragios, otros tres.
- Alcalde.* ¡Sufragios!
- Gonzalo.* Para los muertos; que despues de perecer por la patria, no es justicia ardan sus almas también.
- Alcalde.* ¡Ya!
- Gonzalo.* Por tocar las campanas ocho millones poned.
- Alcalde.* ¡Por eso!
- Gonzalo.* Tantas victorias celebrar preciso fué, que todas tocando á vuelo han estado mas de un mes.
- Alcalde.* Pues, señor, la dáta ya escede al cargo.
- Gonzalo.* Y sabed que lo principal me falta.
- Alcalde.* ¿Qué cosa?

Gonzalo.

¿Cuánto direis

que vale el reino de Nápoles?

Alcalde.

Es joya sin precio.

Gonzalo.

Pues

de esa joya la mitad
para su alteza gané;
y quien satisface en reinos
dar cuentas no ha menester.

(Levantándose.)

Id, y al monarca español
esta respuesta volved:

que si bastante este reino
para pagarle no cree,
otro y otros me señale
que humillar pueda á sus pies.
Cuando el deudor es Gonzalo
y el acreedor es un rey,
tan solo saldar las cuentas
de esta suerte, honroso es.

Alcalde.

Mas, señor...

Gonzalo.

Basta. Marchaos:

ya mis descargos teneis. (*Vase el alcalde.*)

ESCENA IX.

DICHOS, *menos* EL ALCALDE.

Paredes.

¡Por Santiago, que el letrado
va aturdido! — Bien, muy bien,
señor: habeis, voto á quien,
como un héroe contestado.
Pero si á mí; vive el cielo!
con su embajada viniera,
del puntapié que le diera
tornára á Madrid de un vuelo.

Pizarro.

Y haria mas pronto el viaje.

Gonzalo.

Paredes, hagamos punto;
y no se hable de este asunto.

Paredes.

Pero si me da corage...

Gonzalo.

Basta ya; que otro mas grato
ahora gozo me inspira.
Sabed que á mi amada Elvira

- de dar hoy esposo trato.
- Paredes.* Y alhaja de tal valor
¿quién, señor, merecer piensa?
- Gonzalo.* Quien es, sin que os cause ofensa,
de caballeros la flor.
El duque.
- Todos.* ¡Nemours!
- Gonzalo.* ¿No os place?
- Paredes.* Muy acertada eleccion:
solo siento que es nacion...
- Bayardo.* ¿Quién no aprueba tal enlace?
- Nemours.* Si el don de tan bella mano
de hoy mas mi ventura afianza,
estreche tambien la alianza
del francés y el castellano.
- Gonzalo.* La estrechará, no lo dudo;
y en prueba, los nuevos lazos
formen aqui nuestros brazos
con indisoluble nudo.
- Todos.* Sí, sí. (*Se abrazan españoles y franceses.*)
- Gonzalo.* Bien, asi me agrada.
Amigos, desde este dia
que todo sea alegría,
todo aqui dicha colmada.
Coronados de trofeos,
Nápoles en sus jardines
nos brinda ya con festines,
y músicas, y torneos.
¡A gozar! Que no el regalo
sienta mal á los valientes
si adorna el laurel sus frentes.
- Todos.* ¡Vivan Nemours y Gonzalo!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

El teatro representa un pabellon elegante situado en los jardines de palacio: estos se ven por el intercolumnio del fondo. Puerta al foro y á la izquierda del actor. Mesa con escribanía, legajos de papeles y un mapa de Italia.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO. COLONNA.

(Gonzalo aparece sentado y pensativo.)

Colonna. Señor, pensativo estais ;
y en la frente generosa ,
en vez del plácido gozo
; miro vagar tristes sombras!
Hoy que la firme ventura
afianzais de Elvira hermosa ;
hoy que brillante en el templo
se apresta la nupcial pompa ;
cuando todo en derredor
es contento, vos...

Gonzalo. Colonna ,
teneis razon : mal mi grado
tristes ideas me acosan ;
y cuanto mas se aproximan ,
mas voy temiendo estas bodas.

Colonna. ¿Sentís... ?

Gonzalo. Será con Nemours
Elvira feliz esposa ,
no lo dudo, y este enlace
no me aflige, antes me honra ;

pero á turbarlo el destino
vendrá, cuando no le rompa.

Colonna.

¿Qué causa...?

Gonzalo.

Pensé con él
cortar fatales discordias,
y hoy mas temibles se pintan
á mi mente previsora.

Colonna.

Esos guerreros, señor,
aunque rivales en gloria,
cual hijos de un mismo suelo
viven en dulce concordia,
y no temais...

Gonzalo.

De ellos nada;
mas las miras ambiciosas
de sus reyes, esas solo,
esas causan mi zozobra.
Cuando arrebatat la presa
no puede el águila sola,
pidiendo auxilio á su hermana,
llevársela al monte logra,
y alli juntas, sin piedad,
á su víctima destrozan;
pero luego, al devorarla,
cada cual la mira ansiosa,
y de su gula al impulso,
para sí la quiere toda.
Entonces entre las dos
trábase lucha espantosa;
y sus garras todavía
de sangre inocente rojas,
le dan horrible venganza,
tiñéndose con la propia.
Un bello reino es aqui
despojo de la victoria;
y, no lo dudeis, la presa
que dos reyes ambicionan,
jamás se divide en paz;
solo la espada la corta.

Colonna.

¿Luego pensais que la guerra...?

Gonzalo.

Se alce otra vez mas furiosa,
tiñendo el suelo vencido
con la sangre vencedora.

- Colonna.* ¡Triste Italia, esa es tu suerte!
 ¡En servidumbre oprobiosa,
 no variará tu cadena,
 sólo sí quien te la imponga!
- Gonzalo.* Duéleme su mal destino;
 mas sirvo á mi rey ahora;
 y el honor, la obligacion,
 en mí la piedad sofocan.
- Colonna.* Aun pudierais hacer mas.
- Gonzalo.* ¿El qué?
- Colonna.* Volverla su gloria.
- Gonzalo.* ¿Cómo?
- Colonna.* Su antiguo valor
 no está muerto, aunque sin honra
 solo en estrañas contiendas
 inútil su sangre corra.
 Aun se acuerda que algun dia
 fuera del orbe señora,
 y sus ínclitas hazañas
 á renovar está pronta.
 Mas ¿qué puede el fuerte brio
 si una mano protectora
 no existe que al noble fin
 la encamine poderosa?
 Príncipes afeminados
 á este suelo bien le sobran
 que opreso tenerle saben,
 mas que defenderle ignoran.
 Alcese un héroe que emprenda
 de su libertad la obra,
 y en torno del cual se agrupen
 tantas almas generosas;
 un héroe que el cetro augusto,
 hoy por el suelo, recoja;
 que á todos confianza inspire,
 que muda respete Europa;
 y no dudeis que á su voz
 guerre ros sin fin respondan;
 y vere is como al combate
 cual fieros tigres se arrojan.
 Ese héroe, señor, sois vos,
 en cuya frente gloriosa

bien sentára una diadema
sobre el laurel que la adorna.
Aceptadla, pues; que Italia
os la ofrece por mi boca,
y aclamando...

Gonzalo.

Callad... Y ¿hay
quien tal traicion me proponga?
¿Qué habeis pensado de mí?
Si puro en mi frente brota
ese laurel que en cien lides
supe alcanzar, la corona,
en vez de darle esplendor,
le ajára con vil deshonra.
Ser capitan español
es para mí mayor gloria
que el bello trono imperial
hollar con planta alevosa;
y mas precio, si mi espada
conquistar diademas logra,
al pié de mi rey ponerlas,
que el que en mi frente se pongan.
Colonna. Creed que solo...

Gonzalo.

Ya basta:
gente viene... Mas, *Colonna*,
ese proyecto insensato
mucho callar os importa.
Allá en el fondo del pecho
procurad bien que se esconda:
guardadlo con cien candados,
no se escape; pues si aun osa
alzar la infame cabeza,
si solo la frente asoma,
vive Dios que le he de ahogar
en vuestra sangre traidora.

ESCENA II.

DICHOS. PAREDES *y demas* CAUDILLOS ESPAÑOLES.

Paredes.

Hermosa está la ciudad;
y su inmensa poblacion
celebra alegre la union

del valor con la beldad.

En los dorados balcones
sedas lucientes y granas
caprichosas y galanas
forman anchos pabellones,
donde cual bellos luceros,
ricas galas ostentando,
las damas estan mirando
servidas por caballeros.

Tan ardientes son sus ojos,
que al ver sus vivos destellos,
no sé si brillan mas ellos

que el sol con sus rayos rojos;
y aunque inspiran dulce ardor
ofenden con su desden,
porque conocen muy bien
que asi se aviva el amor.

De sonoros instrumentos
aqui la grata armonía
al alma infunde alegría
con sus plácidos acentos;
y alli en mil danzas festivas
el pueblo fiel se solaza
alborotando la plaza
con sus cantos y sus vivas.

Ya del bronce á la señal,
y al santo olor del incienso,
se llena de un pueblo inmenso
la anchurosa catedral;

ya ansiosas las gentes todas
á entrambos novios esperan,
y en su deseo aceleran
estas aplaudidas bodas.

Mendoza.

Nemours con sus caballeros
se acerca alli presuroso.

Paredes.

¡Cuán ufano! ¡Cuán gozoso!

Mendoza

¡Bien puede!

Paredes.

Vamos ligeros
á la iglesia.

Gonzalo.

¿Estais en vos?

¿Y la novia?

Paredes.

¡Pierdo el tino!

Olvido que soy padrino.

Gonzalo.

Vamos por ella los dos.

(*Vanse Gonzalo y Paredes.*)

ESCENA III.

NEMOURS. CABALLEROS ESPAÑOLES Y FRANCESES. ESCUDEROS
con regalos.

Mendoza. Salud al noble Nemours.

Nemours.

Salud á los nobles hijos
del Bétis, y plegue al cielo
que al hijo del Sena unidos,
formen de hoy mas los dos pueblos
un solo pueblo de amigos.

Mendoza.

Lo formarán : celebrado
con tan felices auspicios,
á ser va de eterna union
este himeneo principio.

Nemours.

Amigos, si alguna prueba
me es el daros permitido
de cuánto el alto valor
que en vosotros brilla, estimo,
admitid esos presentes
con que en ruego ardiente os brindo,
no, en verdad, por generoso,
mas sí por agradecido;
aunque es tan inestimable
la joya que yo recibo,
que de pagaros tal deuda
no hay tesoro alguno digno.
Una armadura completa
do sobre el acero limpio
se ostenta el oro luciente
en ingeniosos caprichos,
á Diego García traigo,
que es de la boda padrino.
A vos, Mendoza, esta espada,
que aunque la realza el brillo
de los diamantes, le da
mas valor su temple fino.
Vos, Pizarro, en cuya frente

tan noble ardor está escrito,
 que vuestra sangre algun dia
 ha de asombrar á los siglos,
 este casco recibid
 donde en dibujo esquisito
 grabó el artista al inglés
 por nuestras armas vencido.

Pizarro.

Bastábanos el aprecio
 de tan insigne caudillo,
 pues él solo vale mas
 que los presentes mas ricos;
 mas por ser de vuestra mano
 esos dones admitimos.

Asi por los cielos sea
 tan bello enlace bendito,
 y no interrumpidas dichas
 halaguen vuestros destinos.
 Pero ya se acerca Elvira.

Nemours.

¡Albricias, corazon mio!

ESCENA IV.

DICHOS. ELVIRA. PAREDES.

Nemours.

¡Amada Elvira!

Elvira.

¡Nemours!

Nemours.

¡Ó cuál late de contento
 mi corazon! ¡Llegó al fin
 el dia que tanto anhelo!
 Mas ¡vuestro padre?

Paredes.

Han llegado
 de España no sé qué pliegos,
 y allá unos breves instantes
 se queda á solas leyendo.

Nemours.

Con impaciente inquietud
 el dichoso instante espero
 en que de mano tan bella
 pueda al fin llamarme dueño.
 Dulce al valiente soldado
 es siempre el laurel guerrero;
 dulce en la sangrienta lid
 fama alcanzar y trofeos,

y el canto oír con que alegre
 sus glorias celebra el pueblo;
 mas esa triste ventura
 ¿cómo compararla puedo
 con el placer inefable
 que ahora me inunda el pecho?
 ¿Y vos, Elvira?

Elvira. Tambien
 yo... Nemours...

Nemours. ¡Ó Dios! ¿Qué veo?
 ¿Suspirais?

Elvira. ¡Ah! Yo no sé
 qué interna tristeza siento,
 que mas el alma me aflige
 cuanto mas de mí la alejo.

Nemours. ¿Qué temores...?

Elvira. Perdonad.

A un padre adorado pierdo;
 y abandonando mi patria,
 de hoy mas en extraño suelo...

Nemours. En él tan solo hallareis
 dichas, amor y respeto.
 Ya la corte del rey Luis,
 tan bella union aplaudiendo,
 á la esposa de Nemours
 prepara alegres festejos,
 desplegando á vuestros ojos
 su regio esplendor soberbio.
 A falta de un padre, allí
 tendreis un esposo tierno;
 y si una patria perdeis,
 otra, señora, os ofrezco
 donde mandareis, cercada
 de respetuosos obsequios,
 como diosa en los estrados,
 como reina en los torneos.

ESCENA V.

DICHOS. UN OFICIAL FRANCÉS.

Oficial. ¡Señor!

Nemours.

¿Qué quereis?

Oficial.

De Francia

en este instante un correo
llega con estos despachos.

Nemours.

Dadme.

(Abre el pliego y se turba al leerlo.)

¿Qué he leído, cielos?

Elvira.

Señor, ¿que infausta noticia
os ha anunciado ese pliego?

Nemours.

¡Ah, Elvira, Elvira, sin duda
me lo envia el mismo infierno!

Elvira.

¡Dios mio!

Paredes.

¡Alguna embajada!

¡Vive Dios, llega á buen tiempo!

Elvira.

Pero ¿qué es?

Nemours.

La dicha mia

pendiente de aqui comtemplo.

(Se sienta abatido junto á la mesa.)

Paredes.

*(Mirando hácia el fondo, por donde se
acerca Gonzalo lentamente y cabizbajo.)*

¡Esta es otra! El general
tambien llega á paso lento
por alli, triste, sombrío...

Elvira.

¡Mi padre!

Paredes.

Vedle.

Mendoza.

Sí, es cierto.

Paredes.

Otro papel tambien trae
en la mano.

Elvira.

¡Qué misterio!

ESCENA VI.

DICHOS. GONZALO.

Gonzalo.

*(Se acerca, mirando otra vez el papel que
trae en la mano.)*

*(Eso dice... sí... por fin
cumpliéronse mis recelos.)*

Elvira.

¡Padre!

Paredes.

¡Señor!

Gonzalo.

¡Hija mia!

¡Amigo!

- Elvira.* Señor, ¿qué es esto?
¿Por qué esa tristeza?
- Gonzalo.* Nada.
Y ¿el duque?
- Paredes.* En aquel asiento
vedle abatido.
- Gonzalo.* ¡Infeliz!
(No me abandones, esfuerzo.)
(Dirigiéndose hácia Nemours.)
¿Y bien, Nemours?
- Nemours.* ¡Ah! ¿Sois vos?
- Gonzalo.* ¿En tal estado os encuentro!
- Nemours.* No sabeis...
- Gonzalo.* ¿De Francia acaso
algun despacho...?
- Nemours.* Sí, vedlo.
¿Y vos?
- Gonzalo.* Tambien... Aquí está.
- Nemours.* ¡Ah! ¿Qué dice...? Hablad.
- Gonzalo.* Yo creo,
al mirar ese dolor,
que igual debe ser al vuestro.
Nemours. Y que trae mi desdicha
en vuestro semblante leo.
- Elvira.* ¡Gran Dios!
- Gonzalo.* No, duque... Tal vez...
Puede...
- Paredes.* Estoy en un tormento.
Decid con dos mil demonios
¿qué significa...?
- Gonzalo.* Yo os ruego,
amigos, que nos dejéis
solos algunos momentos.
Necesitamos hablar.
- Paredes.* ¿Y la boda? ¿Y los festejos?
- Gonzalo.* Suspéndanse por ahora.
- Elvira.* ¿Qué oigo?
- Paredes.* ¡Cómo! ¡Suspenderlos!
- Gonzalo.* Tan solo cortos instantes.
- Paredes.* Es que yo...
- Gonzalo.* Seguirán luego.
- Paredes.* Vamos, pues... Esos papeles

no me anuncian nada bueno.
(*Vanse los caballeros.*)

ESCENA VII.

GONZALO. NEMOURS. ELVIRA.

- Elvira.* ¡Ah, señor!
- Gonzalo.* Hija, ¿que quieres?
- Elvira.* Decid: ¿qué horrible secreto...?
- Gonzalo.* Elvira, para escucharlo
recoge todo tu aliento.
- Elvira.* ¿Qué desgracia...? Hablad.
- Gonzalo.* Tu boda...
- Elvira.* ¿Se ha roto ya?
- Gonzalo.* No... no creo...
Aun hay esperanza... Mas
que pudiera ser confieso.
- Elvira.* ¿Qué causa...?
- Gonzalo.* Lee. (*Le da el pliego.*)
- Elvira.* ¡Qué miro!
- ¿Y el vuestro, duque?
- Nemours.* (*Le da el suyo.*) Tenedlo.
- Elvira.* (*Después de leer.*)
¿Y bien...? Está en vuestra mano...
¡Ah, por lo mismo, mas temo!
- Gonzalo.* Ya lo ves, hija: discordes
al repartirse estos reinos,
han resuelto los monarcas
dejarlo al arbitrio nuestro;
y si tampoco avenirnos
en tal contienda podemos,
lo que la razon no alcanza,
quieren decida el acero.
- Elvira.* Amigos sois; ambos nobles,
y con generoso pecho:
¿querreis...?
- Gonzalo.* Con nuestro deber
tan solo cumplir queremos.
- Nemours.* Somos, á la par que amigos,
soldados y caballeros.
- Elvira.* Mas ese deber os manda

- alejar choques sangrientos.
Gonzalo. Es verdad... No dudes, no,
 que ese solo es nuestro anhelo.
 Vé, pues, hija: ten confianza;
 y en este trance tremendo,
 no olvides que se interesan
 un esposo, un padre tierno,
 que cuanto el deber permita
 darle sabrán al afecto.
- Elvira.* Esas palabras, señor,
 llenan mi alma de consuelo.
 Nemours, pensad en Elvira;
 padre, mi dicha os entrego. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

GONZALO. NEMOURS.

- Gonzalo.* (Su pena, su triste llanto,
 me parten el corazon...
 Mas habla la obligacion,
 y es crimen ya dudar tanto.)
- Nemours.* (¡Tocar la felicidad,
 y verla huir...! ¡Ó suplicio!
 ¡Ó terrible sacrificio!
 ¿Qué mas me pides, lealtad?)
- Gonzalo.* (*Viendo que Nemours ha vuelto á quedar
 abatido, dejándose caer en un sillón.*)
 ¿Y bien, duque...? Mas ¿qué es esto?
 Abatido estais, á fé:
 con mas valor os juzgué.
- Nemours.* ¡Ah! ¡maldigo mi alto puesto!
- Gonzalo.* ¿Por qué? ¿Porque á vuestra Francia
 os da ocasion de servir?
 ¿Tal gloria querreis huir?
 No, no: valor y constancia.
 Aqui nos pone el honor:
 le obedezco, aunque me aflige.
- Nemours.* ¡Y porque sé lo que exige,
 me falta ahora el valor!
- Gonzalo.* Eso, Nemours, no digais:
 seguid de gloria el sendero,

y al obstáculo primero
 ¿ya en él débil os parais?
 Mucho, en verdad, cuesta andarlos;
 mas ha de ser de esa suerte;
 porque solo al varon fuerte
 le permite Dios pisarlo.

Nemours. Vengan peligros: jamas
 arredrarán mi heroismo.

Gonzalo. El combatirse á sí mismo
 cuesta, duque, y vale mas.
 Un deber patria y honor
 os imponen, duro, sí;
 mas ¿quiéu os arredra asi?
 tan solo un débil amor.
 Y ¿asi la gloria se alcanza?
 ¿Puede acaso una pasion
 de la patria en parangon
 pesar mas en la balanza?
 Yo tambien quiero y adoro,
 y es mi pena mas prolija;
 porque la que quiero es hija,
 mi único bien, mi tesoro;
 mas no por eso un instante
 duda mi pecho leal;
 que en este trance fatal
 no hay padre ya, no hay amante.
 Luzca nuestro honor cual es,
 mas puro que el mismo sol:
 yo obraré como español;
 obrad vos como francés.

Nemours. Ó como amigos mas bien.
 Evitemos la discordia;
 y unidos, en fiel concordia
 nuestros reyes siempre esten.
 Partir este reino en dos
 ¿uos mandan? En vos me fio:
 yo os cedo el derecho mio,
 acepto lo que hagais vos.

Gonzalo. Eso, duque, no ha de ser;
 y aqui cada cual entienda
 que no reparte su hacienda,
 ni le es posible ceder.

Nuestra voluntad no es ley
do resistir es forzoso;
y yo no soy generoso
con lo que debo á mi rey.
Mirad, pues, lo que es razon;
que en esta contienda estraña
un arbol que toque á España
le sostendré con teson;
y tan suyo al fin será,
que si es fuerza disputarlo,
constante, por conservarlo,
mi sangre le regará.

Nemours. ¿Es decir, en conclusion,
señor, que quereis la guerra?

Gonzalo. Ni la quiero, ni me aterra:
solo hago mi obligacion.

Nemours. Y cuando hoy entre mis brazos
cual padre os iba á estrechar,
¿será fuerza renunciar
á tan venturosos lazos?

Gonzalo. ¿Imagináis que cediendo
conservarlos lograreis?
Si el honor así entendeis,
yo de otra suerte le entiendo.
¿Qué pensais dirá la fama?
Que esclavo de un vil amor,
á la patria sois traidor
por servir á vuestra dama.
Mal la honra se concilia
con sospecha tan fatal:
hombre de quien digan tal
no entra nunca en mi familia.

Nemours. ¿De mí Gonzalo podrá
creer delito tan feo?

Gonzalo. Yo no digo lo que creo;
sí lo que el mundo creará.

Nemours. Pues, hombre inflexible, sea.
Ya como amigo cumplí:
¿quereis un contrario en mí?
contrario el mundo me vea.

Gonzalo. Ahora sois quien ser debeis.
Tan triste deber cumplamos;

estos siervos repartamos.

Alli ese mapa teneis. (*Señalando la mesa.*)

Nemours. (*Tomando el mapa, y mirándolo con lástima.*)

¡Compassion me causa el verte,
tierra de hombres degradados!
solos aqui dos soldados
árbitros sou de tu suerte;
y en tu destino cruel
te destrozan inhumanos
como pudieran sus manos
desgarrar este papel.

Gonzalo. Vueltas de fortuna son:
ayer del mundo señora,
ser sierva le toca ahora:
sufra, pues, su humillacion.

(*Se sientan á la mesa.*)

Nemours. Ya la tierra de Labor
y Abruzzo son del francés.

Gonzalo. Y es del suelo calabrés
y Apulia mi rey señor.

Nemours. ¿A quién la Basilicata?

Gonzalo. Con ella os debéis quedar.

Nemours. Os debe entonces tocar
á vos la Capitanata.

Gonzalo. Resta, pues, el Principado.

Nemours. En justa compensacion,
que nos le deis es razon.

Gonzalo. Estais, duque, equivocado;
partir se debe tambien.

Tomad vos el ulterior,
y yo guardo el citerior.

Nemours. Que no es justo mirad bien.

Son mas fértiles y estensas
vuestras provincias.

Gonzalo. Quizá;

mas la situacion os da
á vos ventajas inmensas.

Nemours. A la contienda traímos
mas número de soldados.

Gonzalo. Debemos ser mas premiados
los que mas sangre vertimos.

Handwritten notes:
después de
el Principado
de Northampton
casí
esta parte

- Nemours.* Cedo; mas la capital
quede por nuestra.
- Gonzalo.* Eso no;
que en tenerla miro yo
de ser mejor la señal.
- Nemours.* Igual yo pienso que sea
el francés al español.
- Gonzalo.* Bien puede; mas bajo el sol
no ha de existir quien lo crea.
- Nemours.* Somos mas; y bien podemos
arrojaros de esta tierra.
- Gonzalo.* Ya con pocos, en la guerra,
vencer á muchos sabemos.
- Nemours.* A musulmanes tal vez;
mas no el francés huye así.
- Gonzalo.* No ha tres años que de aquí
os arrojamós, par diez.
- Nemours.* Si de España la victoria
fué entonces, no sin trabajo,
el cielo tal vez me trajo
á recobrar nuestra gloria.
- Gonzalo.* Aun del laurel floreciente
conservo la rama hermosa:
no penseis que es facil cosa
arrancarla de mi frente.
- Nemours.* Lo sé; mas es, vive Dios,
por lo mismo, empresa noble.
- Gonzalo.* Tambien será gloria doble
defenderlo contra vos.
- Nemours.* En suma, para acabar,
esto le debo á mi rey;
y en mí, lo habeis dicho, es ley
lo que es suyo conservar.
- Gonzalo.* Y esto mi lealtad estima
que mi rey tambien reclama;
porque en tocando á su fama,
me es fuerza quedar encima.
- Nemours.* Pues, siendo así, ¿qué remedio?
No sé qué resolucion...
- Gonzalo.* Para acabar la cuestion
este tan solo es el medio.

(Toma una pluma y traza una línea en el mapa.)

Despues saca la espada, y la coloca al lado.)

La division que á mi honor
le cumple, y á mi monarca,
la línea que trazo marca:
no admite otra mi valor.
Aqui la carta teneis,
y el tratado que os propongo;
la espada á su lado pongo;
elegid lo que gusteis.

Nemours. No cabe duda ninguna
cuando la honra empeñada
está: yo elijo la espada,
y decida la fortuna.

Gonzalo. *(Apretándole la mano.)*
Bien, *Nemours*, esa respuesta,
esa sola debeis dar:
nos hace á los dos penar;
mas la conciencia nos resta;
y cuando bien lo examino,
si amais á la hija mia,
para obtenerla algun dia
no os quedaba otro camino.
No importa, no, que enemigos
nos quieran crueles hados:
lidiaremos como honrados
sin dejar de ser amigos. *(Se abrazan.)*

ESCENA IX.

DICHOS. ELVIRA.

Elvira. ¿Qué es lo que miro? ¡Abrazados!
¡Cierta es mi felicidad!
¡Ah! mi corazon respira
con ese signo de paz.

Gonzalo. Te engañas, hija, te engañas:
esto es separarse ya.

Elvira. ¡Separarse!

Gonzalo. Sí, es preciso:
lo manda suerte fatal.

Elvira. Pues qué, ¿de esa conferencia...?

- Gonzalo.* Nada tienes que esperar:
Hija mia, tu valor
te sostenga en trance tal.
- Elvira.* Mas en fin, ¿qué resolvisteis?
- Gonzalo.* Dígatelo mi pesar.
- Elvira.* ¿Luego la guerra...?
- Gonzalo.* Tal es
del cielo la voluntad.
- Elvira.* ¿Del cielo! Y ¿os manda el cielo
esta tierra ensangrentar,
romper los mas dulces lazos,
y trocando la amistad
en odio...?
- Gonzalo.* Lo que hace un padre,
Elvira, bien hecho está.
Harto sufre el alma mia,
no me hagais, no, mas penar.
- Elvira.* Pero vos, Nemours...
- Nemours.* Señora,
los males que lamentáis
quise evitar, mas en vano:
aunque es mi amor sin igual,
habló el honor, y es preciso
su voz terrible escuchar.
- Elvira.* Mas ¿no pudisteis...?
- Nemours.* Morir
puedo solo; y me verán
en la lid verter mi sangre,
y en el pecho, al espirar,
guardada, cual fiel tesoro,
vuestra imagen hallarán;
mas no vence en caballeros
el amor á la lealtad.
- Elvira.* No os hablo de nuestro amor:
perezca yo, ¿qué mas da?
¿Qué importa infeliz muger,
ser destinado á llorar,
triste flor que pisa el hombre
si á la gloria marcha audaz?
Mas ¿nada la patria os dice?
La desgarráis sin piedad,
y á muerte lleváis los hijos

que mayor lustre la dan;
 y dos naciones amigas
 se habrán de despedazar;
 ¿por qué? por un vil pedazo
 de tierra.

Gonzalo.

Calla, no mas.

¿Una noble castellana
 tal flaqueza osa mostrar!
 ¿De la patria que recuerdas
 la gloria nada será?
 Ó bien, cuando en nuestras manos
 la quiso depositar,
 ¿fué, dime, para venderla
 como traidores? Jamas.
 Si tan viles pensamientos
 llegó tu pecho á abrigar,
 ni de Gonzalo eres hija,
 ni de un noble capitán
 como Nemours, digna esposa
 llamarte mereces ya.

Elvira.

(Arrojándose á sus pies.)

¿Ah, perdon...! De una muger
 la flaqueza disculpad.
 Me arrepiento...

Gonzalo.

Hija adorada,

alza: mis brazos estan
 abiertos, lánzate en ellos:
 si necesitas llorar,
 derrama tu triste llanto
 en el pecho paternal.

Elvira.

¿Padre mio!

Gonzalo.

No, no culpo
 tus lágrimas... ¿Quién podrá
 este corazón de acero
 que al hombre Dios quiso dar
 exigir en la muger
 do halla un templo la piedad?
 Yo mismo siento que el mio
 en este instante fatal
 todo el valor que le anima
 ha menester recordar.
 Hagamos nuestro deber:

el cielo nos premiará;
 y un dia... sí, yo lo espero,
 tornando á la dulce paz,
 podremos tan bellos lazos
 mas alegres renovar.

Elvira. ¡Ah! señor, ¡vana esperanza!
 Marchais á lucha mortal,
 y el triunfo que el uno alcance
 del otro le alejará.

Gonzalo. Ó vencido, ó vencedor,
 queda honrado cada cual;
 que solo el valor es nuestro,
 la victoria Dios la da;
 y si cual bueno ha cumplido,
 al vencido hay que estimar.

Nemours. Combatiendo con Gonzalo,
 á cuyo carro triunfal
 la gloria va encadenada,
 ¿quién vencer puede esperar?
 Pero si caigo en la lid,
 con honra al menos será.

A Dios, pues, señora, á Dios:
 dése la horrible señal:
 ya sé que para obteneros
 me es forzoso pelear,
 y valor en las batallas
 esta idea me dará.

Dama de mis pensamientos
 que sois, Elvira, sabrán;
 y sabrán que á mis hazañas
 vos tan solo impulso dais.
 De esta suerte dos deberes
 Nemours cumplir logrará:
 con vos, como caballero;
 con mi rey, como leal.

Elvira. Marchad, pues, noble Nemours,
 ahora os lo mando, marchad:
 cumplid bien, como quien sois...
 y haga el cielo lo demas.

Gonzalo. Bien, hijos, bien... Llegad ambos,
 y á vuestro padre abrazad.
 Vuestro padre, sí... Este nombre

permitid que os llegue á dar,
noble Nemours... Debí serlo...
con placer... con vanidad...
y los cielos tanta dicha
por fin me concederán.

Nemours.

¡Ah! mi corazón lo espera.

Elvira.

¡Permítalo su bondad!

Gonzalo.

¿Qué hacemos...? A pesar mio
mis ojos siento arrasar...

Basta, basta... ¡Qué vergüenza!
Afuera debilidad.

Gente viene... Separarnos,
hijos míos, fuerza es ya.

Vete de aquí, vete, Elvira...

Vé á tus solas á llorar;

que eso á tí te corresponde:

¡feliz tú que lo podrás!

Nosotros, hombres de hierro,
en nuestra suerte fatal,
no lágrimas, sino sangre,
nos es dado derramar.

Elvira.

¡Ah, padre mio...! ¡Nemours!

Nemours.

¡Elvira!

Gonzalo.

Marchad, marchad...

No vean tanta flaqueza.

Elvira.

¡Dios mio! (*Vase.*)

Nemours.

¡La perdí ya!

ESCENA X.

GONZALO. NEMOURS. PAREDES. CABALLEROS.

Paredes.

Señor, de tanto esperar
las gentes todas se cansan;
y ansioso de ver las fiestas,
llenando calles y plazas,
inmenso pueblo...

Gonzalo.

(*Con resolución.*) Paredes,
caballeros, ya acabadas
están las fiestas; ya en justas
no penseis, ni alegres danzas:
prevenid el fuerte brazo;

y abandonando las galas,
vestid la luciente cota,
requerid las nobles armas.

Todos. ¡Las armas!

Paredes. Pues ¿cómo es eso?

¿Y la boda?

Gonzalo. Está aplazada.

Ya rota la que hasta aquí
nos unió, dichosa alianza,
á los alegres festejos
sucedan crudas batallas.

Sí, caballeros, de hoy mas
contrarias Castilla y Francia,
en el campo se disputen
el señorío de Italia.

No cabe, no, dividir
alhaja tan codiciada;
y el que tenga mas fortuna,
ese suya ha de llamarla.

Todos. ¡Sí, sí!

(*Se separan españoles y franceses formando dos bandos.*)

Paredes. ¡Me alegro! De estar
ya sin reñir me cansaba.

Ahora sí, queridos míos,
ahora sí que buena se arma.

Bayardo. Amigos, regocijaos,
nuevos triunfos nos aguardan.

Paredes. Nápoles, ya es cosa hecha,
queda adjudicado á España.

Bayardo. Eso no, que será nuestro
si lo decide la espada.

Paredes. Por eso mismo lo digo.

Bayardo. Es solo jactancia vana.

Los españ. Lo veremos.

Los franc. Lo veremos.

Gonzalo. Reprimid esa arrogancia;
que no es dentro de estos muros
donde la gloria nos llama.
Fuera de ellos, donde estan
nuestras-huestes acampadas,
alli en breve probareis

vuestro valor, vuestra audacia.
Hasta entonces contened
esa impaciencia estremada.

Nemours. Una tregua de tres días
os propongo.

Gonzalo. Esa nos basta.

Paredes. De pensar en la pelea
se me hace la boca un agua;
y mi espada por sí sola
se sale ya de la vaina.

Gonzalo. Amigos, cual siempre, espero

(*A los españoles.*)

que os portéis en la batalla.
— Franceses, si combatiros
dura obligacion me manda,
cual cumplidos caballeros
su aprecio Gonzalo os guarda.

Nemours. Y nosotros admirando
las virtudes que os ensalzan,
aunque enemigo, un lugar
os guardamos en el alma.

Gonzalo. Duque, á Dios. (*Dándole la mano.*)

Nemours. (*Apretándose la mano.*) A Dios, Gonzalo.

Gonzalo. Por última vez. (*Le abre los brazos.*)

Nemours. (*Precipitándose en ellos.*)

¡Ó amarga

despedida!


Gonzalo. (*Arrancándose de los brazos de Nemours,
y gritando con esfuerzo.*)

Es fuerza... ¡A Dios!


¡A las armas!

Nemours. (*Con desesperacion.*) ¡A las armas!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.



Salon gótico antiguo. Puertas laterales. En el fondo una capilla cuyas puertas se abren á su tiempo: en el mismo fondo á derecha otra puertecita que es secreta.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO.

En vano, cielo inclemente,
pones mi constancia á prueba;
á cada funesta nueva
mas mi pecho arder se siente.
Si en él corazon valiente
y noble esfuerzo pusiste,
di, ¿ para qué me los diste ?
¿ Es para ceder cobarde,
ó hacer del teson alarde
que al hado adverso resiste ?

No es de una ánima mezquina
coger el laurel guerrero ,
que por áspero sendero
á la gloria se camina.
Allá entre peñas domina
su alto templo ; y el varon
que con fuerte corazon
por la aspereza se lanza,
cuanto mas roto le alcanza,
recibe mas galardón.

Cediendo, tan solo abierto
miro, sin fama, un camino :

dos, si á resistir me inclino;
ser vencedor ó ser muerto.

Luego, entre un oprobio cierto
y una posible victoria
no hay que dudar: en la historia
esta hazaña grabarán
si al fin venzo; y me verán,
si muero, morir con gloria.

Débil al soplo se doble
de airado viento la caña;
mas despreciando su saña,
se alza corpulento roble.
Resistiendo altivo y noble,
vence del austro el furor;
ó si cede á su rigor,
arrancado, el suelo oprime;
y aun así, grande y sublime,
causa el mirarle terror.

ESCENA II.

GONZALO. PAREDES.

Paredes. Con ceño estais, don Gonzalo.
¿Hay malas nuevas?

Gonzalo. Perversas.

A don Hugo de Cardona
en una rota sangrienta
ha vencido d'Aubiñf.

Paredes. ¿Es decir que tambien vuela
la Pulla? ¡Muy bueno va!

Nada de Italia nos queda;
y aqui nosotros cercados...
Esta estancia de Barleta,
señor, jamas la aprobé:
solo cobardes se encierran,
dejando que pierda el ocio
lo que ha de ganar la guerra.

Gonzalo. No es de un general portarse
como un soldado pudiera,
y el valor que este prodiga
rige en aquel la prudencia.

Harto escasas nuestras huestes
 al empezar la contienda,
 era arriesgar la victoria
 el aceptar la pelea ;
 y en este seguro puerto
 ha sido ampararnos fuerza ,
 aguardando los socorros
 que nunca de España llegan.

Paredes. Ni llegarán. — ¡ Vive Dios,
 que gasta el rey linda flema !
 Sin soldados ni dineros
 meses y meses nos deja ;
 y luego, cuando venzamos
 ¡ aun nos vendrá á pedir cuentas !
 Verdad que por esta vez
 si el cielo no lo remedia...

Gonzalo. ¿ Dudais acaso del triunfo ?

Paredes. Por mí, si se arma la gresca,
 del mandoble que á dar llegue,
 haré que tiemble la tierra,
 que no temo combatir
 con toda la Francia entera.

Gonzalo. Pues bien, García Paredes,
 si miedo en vos no se alberga,
 no le pongais vos en mí.

Paredes. Si aqui mas miedo no entra
 que el que yo inspire, seguro
 de él vuestro campo se encuentra.
 Mas lo digo con verdad:
 esta inaccion nos afrenta.
 Marchemos contra el francés ;
 que aunque en número nos venza,
 os juro, mal que le pese,
 que ha de ser la palma vuestra.

Gonzalo. En breve os daré ese gusto ;
 y si estar ocioso os pesa,
 ocasión tendreis mañana
 en que deis de valor muestra.

Paredes. Eso sí : la luz del dia
 aguardo con impaciencia.
 Yo haré ver á esos gabachos,
 ya que atrevidos lo niegan,

que á caballo como á pié
valemós mas en la guerra ;
y pues trece contra trece
á lucha mortal nos retan ,
veremos en buena lid
quién al agua el gato lleva.
Gonzalo. ¿ Habéis elegido ya
los trece que á la palestra
han de salir ?

Paredes.

Yo primero ;
que en ocasiones como esta
Diego García á ninguno
le cede la preferencia.
Después van Sotomayor ,
Mendoza, Diego de Vera,
Aller... En fin, los mejores ,
hombres todos que no cejan ,
y que el honor español
harán que mas resplandezca.

Gonzalo.

Asegurado está el campo :
padrino quiero que sea
Próspero Colonna ; y Dios
la victoria nos conceda.
Cuando por el mar asome
con palidez luz apenas
la aurora, todos sin falta
aquí con sus armas vengan
á prestar el juramento
de obrar bien en la pelea ;
y en la dorada capilla
que ocultan aquellas puertas ,
pedir en santa oracion
les dé Dios valor y fuerzas.
Id en tanto á descansar ;
que yo, cual conviene, alerta,
voy á recorrer los puestos
antes que á mi estancia vuelva ,
y breve sueño un instante
tan árduo afanar supenda.

(Vanse los dos.)

ESCENA III.

NEMOURS. UN SOLDADO.

(Se abre la puertecita secreta del fondo, y salen Nemours y el soldado con recato: traen una linterna.)

Soldado. Nadie está... Venid, señor...
Seguidme... la sala es esta.

Nemours. Por fin, pudimos llegar:
mucho mi pasión arriesga;
mas...

Soldado. Lo habeis querido.

Nemours. Hoy se halla

á tu cuidado una puerta
de la ciudad; y la noche
protege tales empresas.
Como logre ver á Elvira...
Pero el tiempo no se pierda:
sigamos.

Soldado. Es imposible
llegar á su estancia; y cerca
aquí estamos, por si vienen,
de nuestra entrada secreta.
No pasemos adelante.

Nemours. Entonces ¿de qué manera...?

Soldado. *(Conduce á Nemours á la puerta de la izquierda, y señala hácia dentro.)*

Mirad... ¿no veis al extremo
de esta galería estensa
una luz?

Nemours. Sí... Dos mugeres...

Soldado. Pues Elvira es una de ellas.

Nemours. Se acercan.

Soldado. Todas las noches
en esa capilla reza
antes de entregarse al sueño.

Nemours. ¿Quién la acompaña?

Soldado. Su dueña.

Al pasar por esta sala
podéisla hablar.

Nemours. Bien... Ya llega.

(*Se retiran á un lado. Salen Elvira y Leonor; esta lleva una lámpara, que coloca sobre un mueble. Elvira se dirige á la puerta del fondo y la abre de par en par. Aparece una capilla con la imagen de la Virgen, alumbrada solamente por una lámpara que pende delante. Elvira se arrodilla.*)

ESCENA IV.

DICHOS. ELVIRA. LEONOR.

Elvira. Reina divina del cielo,
 Virgen pura, inmaculada,
 á tí desde el bajo suelo
 se alza mi oración llevada
 en alas del santo celo.
 Acógela, Virgen pura,
 en la mansion de ventura,
 y con amor maternal
 vierte sobre mí el raudal
 de tu celestial dulzura.
 Adormezca blandamente
 en apacible quietud
 el sueño mi alma doliente;
 y ofrezca solo á mi mente
 imágenes de virtud;
 y con sus arpas sonoras
 tus ángeles hasta el día
 cerquen mi lecho, ó María,
 templando las negras horas
 con su inefable armonía.
 Madre del divino amor,
 lábrale un trono en mi seno;
 y de él solamente lleno,
 apague el mundano ardor
 que en mí vertió su veneno.
 El es puro, á la verdad,
 cual la santa claridad
 que esa lámpara produce;
 puro, sí, por su beldad;
 y la imagen por quien luce;
 mas hoy le veda el deber;

y tú lo quisiste, ó cielo,
 como enemigo he de ver,
 objeto de triste duelo,
 al que es dueño de mi ser.
 ¡O Virgen! Piedad de mí
 ten por tus fieros dolores;
 pues por siempre los perdí,
 haz que olvide estos amores,
 y que te ame solo á tí.

Nem. (*Presentándose á Elvira.*)

Detente, Elvira; ese funesto voto
 no le puedes hacer, Dios no le admite.

Elv. ¡Qué voz...! ¡Cielos...! ¡Nemours!

Nem. Yo soy, Elvira:

yo... Nemours, que por tí tan solo vive;
 Nemours, que ansiaba verte, y al impulso
 que le arrastra hácia tí ya no resiste.

Leon. ¿Qué es lo que miro...? Voy...

Sold. Cállate, dueña.

(*Leonor se queda algo retirada, cerrando antes las
 puertas de la capilla. El soldado permanece algun
 rato en la escena observando, y por último se mar-
 cha con recato por la puerta secreta.*)

Elv. Alzad... ¿Qué haceis...? Alzad.

Nem. ¿Así recibes

al que siempre mas fiel...?

Elv. Yo no conozco

en estos sitios al guerrero insigne,
 al noble caballero que algun dia
 mi esposo debió ser; y hora mas firme
 el voto que escuchar habeis osado
 ante el sagrado altar mi voz repite.

Nem. No, de tu corazon salir no puede
 ese voto cruel: si en él insistes,
 otro en el mismo altar hago solemne:
 no dudes que Nemours sabrá cumplirle.
 Juro con este acero el pecho mio...

Elv. ¡Ah! basta, basta...; ¡juramento horrible!

No lo acabeis... callad. ¿Sabeis acaso
 quién es Elvira, lo sabeis? decidme.

¿Sabeis que pura como el mismo cielo
 la sangre corre de su noble stirpe;

y que su claro honor, nunca manchado,
es el timbre mayor que la distingue?
Pues si no lo ignorais, ¿cómo atrevido...?

Nem. Perdona, y ten piedad de un infelice.
¿Tantos dias sin verte...! Era un martirio,
un suplicio infernal, irresistible.
Ni el ardor del combate; ni el estruendo
del sonante cañon que horror despide;
ni el incesante afan con que cien huestes
me es fuerza dirigir á crudas lides;
nada fijar mi pensamiento logra,
que ansía ardiente volar donde tú existes.
Desde el vecino monte contemplando
de este castillo el torreón temible,
mi afanoso mirar por alcanzarte,
salvar procura los vedados lindes;
y al ver que el ave los traspasa, osado
al ave mi anhelar sus alas pide.
¿Pues qué, me digo, do la vista alcanza,
no alcanzará mi amor? ¿Será invencible
ese importuno valladar? Cobarde,
corre y á Elvira ve: ¿quién te lo impide?
Y ya el peligro me detiene en vano;
te veo; y á tus pies deja que espire.
Elv. ¡Imprudente!

Nem.

No, no: tan bello instante
bien merece estos riesgos... ¡Ah! ¿Concibes
el sin igual placer, la dicha inmensa
que aquí á tu lado el corazón consigue?
Respiro al fin el aire que respiras;
el aura siento que tu labio espide;
oigo tu dulce voz que me estremece
ora me hable amorosa, ora se irrite;
y la luz de esos ojos brilladores
ótro nuevo existir baja á infundirme.
Déjame, por piedad, estos momentos:
ó si estar á tus plantas es un crimen,
alza la voz y llama á mis contrarios:
entrégame á su furia; y este triste
sepa que al menos en presencia tuya
su cuello al hacha del verdugo rinde.

Elv.

¡Yo entregaros...! ¿Quién...? ¡Yo...! ¡Y osais decirlo!

¡Ay, eso bien sabeis que es imposible!

Nem. ¡Tu corazon habló...! Sí, mal tu grado, ese suspiro tu pasion me dice.

Elo. ¿La pretendo negar? Cuando mas grata vi la inconstante suerte sonreirse, ¿no fué tan tierno amor el bien supremo, el solo bien que me halagó felice? ¿No proclamé mi ardor? ¿Al pié del ara con vos alegre no marchaba á unirme? Y ¿no ha quedado aqui para tormento aun mas viva esa llama inestinguible? Pero nunca penseis que de Gonzalo indigna hija mi deber olvide; que si habla al corazon ardiente afecto, la patria habla tambien mas inflexible. No sois ya aquel Nemours noble y amante que entre guerreros mil mi amor distingue: ya solo de mi padre y de los mios al enemigo en vos miro terrible; al hombre miro que en la lid mañana de Castilla el poder tal vez humille, y ante cuya fortuna los laureles blason de mi familia se marchiten. El autor de tal mengua ser mi esposo no, no podrá jamas, aunque le admire. Marchaos, pues, señor... Dejadme sola batallar con mi suerte... No me quite vuestra vista el valor... Dejadme os digo... Ved que harto sufre ya quien tal resiste.

Nem. ¡Ah! no puedo.

Elo. Es preciso.

Nem. No, mi muerte á esta separacion ha de seguirse.

Elo. ¿Por qué venir aqui? Los males nuestros es fuerza que al hablarnos mas se irriten. Marchad, por Dios, marchad... Si aqui os hallaran... vuestra vida... mi honor... Alguien dirige sus pasos á este sitio... No... no es nadie... nadie... Fieros temores me persiguen. Si mas tardais, quizá...

Nem. ¡Ni una esperanza llevo conmigo que mi pená alivie!

- Elv.* No dejemos de honor la senda hermosa:
 á los que firme en ella el paso imprimen,
 si al pronto los separa, al fin, en premio,
 los une para ser siempre felices.
 Dichoso porvenir se abre á mis ojos.
 Sí, yo lo espero: de peligros libres,
 en bienhadada paz, todos alegres,
 todos cubiertos de gloriosos timbres,
 veremos los castillos españoles
 unirse en breve á las francesas lises,
 y del templo de Dios las santas puertas
 á nuestro puro amor de nuevo abrirse.
- Nem.* ¡Ah! ¡Tú llenas mi pecho de esperanzas!
 Vuélvome alegre ya, si triste vine.
 ¿Ves si en ello hice bien? ¿Quién ¡ay! consuelo
 en presencia de un angel no recibe?
 Permite que otra vez...
- Elv.* Jamas. Guardaos
 de intentarlo de nuevo. Fuera un crimen
 lo que en vos imprudencia, en mí descuido
 ahora solo fué. Si ante esa Virgen
 sorprendido me habeis, triste rogando,
 en mi estancia de hoy mas haré que evite
 tales riesgos mi honor.
- Nem.* ¡Cruel ausencia!
- Elv.* Un generoso esfuerzo amor os pide.
- Nem.* Sí... ya es preciso... ¡A Dios...! ¡A Dios, Elvira!
- Elv.* ¡A Dios, señor, ¡á Dios...! El cielo os guie.
 (*Nemours se dirige hácia la puerta secreta. Gonzalo sa-
 le de repente por la derecha.*)

ESCENA V.

DICHOS. GONZALO.

- Gonzalo.* No vais bien por ese lado:
 teneos, duque.
- Elvira.* ¡Gran Dios!
 ¡Mi padre!
- Nemours.* ¡Gonzalo!
- Gonzalo.* Sí:
 no os asombre, el mismo soy.

Nemours. ¡ Ah, pese á mi negra estrella!

Gonzalo. Os fiasteis de un traidor;
y á que os vean, y á ser preso
correis con imprevision.

Nemours. ¡ Cielos! Mi guia...

Gonzalo. Fugóse,
y de todo me avisó.

Nemours. ¡ Infame!

Gonzalo. No os dé cuidado:
ya le guarda una prision;
que si os importa el secreto
aun mas lo he menester yo.

Nemours. ¡ Ah! guardaos de culpar
á vuestra hija, señor:
mia es tan solo la falta;
y ella mas pura que el sol...

Gonzalo. Eso, duque, no es preciso
que á mí me lo digais vos:
ya sé la hija que tengo,
de quién es seguro estoy.

Elvira. ¡ Gracias! ¡ gracias!

Gonzalo. Pero, duque,
respondedme por quien sois:
¿ qué pensais me toca hacer
ahora en tal situacion?

Nemours. Yo, señor...

Gonzalo. ¿ No osais decirlo?

¿ Por qué asi os falta la voz?

Nemours. Porque temo adivinar,
Gonzalo, vuestra intencion.

Elvira. ¡ Ah! ¡ qué decís...! ¿ Osareis
en vuestro insano furor...?

No, jamas... Antes el pecho
me habeis de pasar los dos.

Gonzalo. ¡ Elvira!

Nemours. Nada temais:
no es dudoso mi valor;
mas contra el padre de Elvira
no saco la espada, no.
Si os teneis por ofendido
de una imprudencia de amor
que, cual de buen caballero,

al agravio no llegó,
 aquí rendido se encuentra,
 Gonzalo, vuestro ofensor:
 veréisle sin murmurar
 recibir el golpe atroz.
 Heridle; y al propio tiempo,
 en tan feliz ocasion;
 vuestra patria libertad
 de un fuerte competidor.
 La victoria que era mia
 pasa á vos con mi prision,
 y proclamaros podeis
 sin esfuerzo triunfador.
 Tomad, pues, tomad mi espada:
 vuestro prisionero soy.

Gonzalo.

Guardadla, Nemours: no quiero
 inmerecido blason;
 que ganarla sin combate
 es tenerla sin honor.
 Caballero sois, lo sé;
 y aunque el amor os cegó,
 por inocentes disculpo
 errores de una pasion.
 Querer vengarlos con sangre,
 fuera sin duda otro error;
 porque esa sangre escribiera
 mas de lo que aqui pasó,
 y mintiendo al universo,
 de ella naciera el baldon.
 Pero otra causa mas noble
 hora encadena mi ardor.
 Si para robar un triunfo
 que mi esfuerzo no alcanzó
 pensais puedo áprovecharme
 de este acaso, vive Dios
 que habéisme mal conocido,
 tengo mas noble ambicion.
 Los laureles que me adornan
 cuerpo á cuerpo y con valor
 los gané siempre en el campo,
 no los debo á la traicion;
 ni contrarios acometo,

presos cual os miro á vos :
 antes rompo sus cadenas,
 que fuertes los quiero yo.
 Esto supuesto , Nemours,
 libre estais : marchad con Dios.
 ¡ Ah ! ¿ qué escucho ?

Elvira.

Nemours.

Generoso ,
 magnánimo, siempre sois,
 y en todo inspirais al mundo
 respeto y admiracion.
 Mas no pagara cual debo
 tal grandeza , tal favor ,
 si de ofreceros la paz
 huir dejo esta ocasion.
 Harto con la sangre nuestra
 este suelo se regó ;
 poner un término es justo
 de esta contienda al horror.
 Reconciliemos dos pueblos
 que la ambicion separó ,
 y renovemos alegres
 nuestra interrumpida union.
 No os engañe el noble aliento
 que en vos el cielo encendió :
 mirad que os falta en poder
 lo que os sobra en corazon.
 Dueño soy de Italia toda :
 solo este puerto os quedó ;
 pocos son vuestros soldados ,
 muchos mis guerreros son ,
 y mas recurso no os resta
 que sucumbir con valor.
 Aceptad las condiciones
 que otro tiempo...

Gonzalo.

Nemours, no.

En este trance terrible
 no cabe en mí transaccion :
 me es preciso todo ó nada ,
 ser vencido ó vencedor.
 Si el cielo me es favorable ,
 coronará mi teson ;
 si soy vencido , á lo menos

habré salvado el honor.
 Mas no os apureis por mí,
 que yo mas tranquilo estoy.
 Aunque encerrado me veis
 en este estrecho rincon,
 quién el lauro alcanzará
 la suerte no declaró;
 y que al fin ha de ser mio
 de mi brazo espero y Dios.
 Mas idos ya, que despunta
 de la mañana el albor,
 y no quisiera...

(*Oyense voces y ruido dentro.*)

¿Qué es esto?

¿Qué ruido...? Se oye la voz
 de Paredes.

Elvira.

¡Cielo santo!

Si os llegan á ver...

ESCENA VI.

DICHOS. UN OFICIAL.

Oficial.

Señor...

Gonzalo.

¿Quién es? ¿Quién osa acercarse...

Oficial.

Los trece campeones son
 que al solémne desafio
 marchan con marcial ardor,
 y el debido juramento
 quieren prestar ante vos.

Gonzalo.

Que entren luego. (*Vase el oficial.*)

Elvira.

¡Ah! ¡qué zozobra!

Ocultaos, duque.

Nemours.

¿Yo?

Gonzalo.

¿Qué le propones, Elvira?
 Vive Dios, fuera baldon.
 Que así se amengüe su fama
 consentir no debo, no.
 Nemours, venid á mi lado:
 venid, no tengais temor.

ESCENA VII.

DICHOS. PAREDES. CABALLEROS. SOLDADOS.

(*Salen Paredes y sus compañeros armados de punta en blanco, y con la lanza en la mano. Les siguen soldados y pueblo.*)

Paredes. Señor, se acerca la hora,
dadnos pronto vuestra venia;
que ansiamos ya, voto al diablo,
se dé principio á la fiesta.
Pero ¿qué miro? ¡Nemours!

Caballeros. ¡Nemours aqui!

Gonzalo. No estrañeza
os cause el verle á mi lado:
hemos pactado una tregua;
y entrambos, como caudillos,
presidiendo la pelea,
debemos bajo un dosel
presenciar vuestras proezas.
Yo le he dado mi seguro;
y él, fiado en mi promesa,
no ha dudado en venir solo
de noble confianza en prueba.

Eloira. ¡Ah! (*Respirando.*)

Paredes. Bien hecho: allá en el campo
luchemos en hora buena;
pero fuera de él, buen duque,
ya lo sabeis, se os aprecia.

Nemours. Huélgome, Diego García,
de veros al fin tan cerca
sin que me espanten los golpes
de vuestra temible diestra.
Caballeros, yo os saludo.
Gonzalo, mi mano es esta.
(*Bajo y apretándole la mano.*)

(Muy bien, valiente adalid;
esto es obrar con nobleza.)
Gonzalo. (Hago lo que en mi lugar
Nemours igualmente hiciera.)

Nemours. ¡Supongo, fuerte Paredes,

- que entrareis en la contienda?
Paredes. Pues ¿por ventura sin mí
hubiera funcion completa?
Entro, sí.
- Nemours.* Y ¿estos campeones,
que con miradas tan fieras...?
Paredes. Los que me acompañan son.
Nemours. ¡Buen porte, noble presencia!
Por mi fé que sus semblantes
anuncian valor y fuerza.
Pero tambien de uno y otro
tendreis que dar altas muestras,
porque dignos adversarios
vais á hallar en la palestra.
- Paredes.* Mejor; pues asi verán
que se bate el cobre en regla.
- Gonzalo.* Amigos, del valor vuestro
Castilla gran triunfo espera.
¿Os han dado buenas armas?
Paredes. Todas templadas á prueba.
Gonzalo. ¿Los caballos?
Paredes. Mas briosos
el Bétis no los engendra.
- Gonzalo.* ¿El corazon?
Paredes. Ese siempre
de puro grande revienta.
- Gonzalo.* ¿Y el brazo?
Paredes. Cota no habrá
que al golpe suyo no ceda.
- Gonzalo.* Pues del Dios de los combates
imploremos la asistencia.

(Se abren de par en par las puertas de la capilla, y esta aparece alumbrada y resplandeciente. Los trece campeones se colocan á la entrada arrodillándose. Gonzalo está en medio.)

De estos valientes, señor,
vuestra poderosa diestra
hoy en el trance terrible
el noble arrojo sostenga.
Prestad á su corazon
aliento, y al brazo fuerza,
que en el que vos no asistís

todo es desmayo y flaqueza.
 Haced que de nobles lauros
 torne su frente cubierta,
 y en ellos con nuevo lustre
 las glorias de España crezcan.

(*Se levantan.*)

Y vosotros, capitanes,
 si justa causa os alienta,
 si por buenos caballeros
 os reconoce la tierra,
 no lo dudeis, la victoria
 os aguarda con certeza,
 y en vuestras altivas frentes
 la miro brillante impresa.
 No olvideis que en el conflicto,
 á par con la fama vuestra,
 nuestra patria, nuestros réyes
 su honor y gloria os entregan,
 y timbres tan bien ganados
 cuidad bien que no se pierdan:
 Como buenos combatid,
 y unidos en la refriega,
 cada cual, como á sí propio,
 á su compañero atienda.
 En fin, á fuer de soldados
 que acometen tal empresa,
 antes que volver sin gloria,
 muertos quedad en la arena.
 ¿Lo jurais?

Todos. Sí, lo juramos.

(*Oyese una trompa.*)

Gonzalo. Pues oid, la trompa suena.
 Marchad sin miedo al combate,
 y Dios con vosotros sea.

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

Campamento de los españoles en la playa de Barleta. Tiendas por todos lados. En el fondo el mar. A un lado estará el estandarte de Castilla.

ESCENA PRIMERA.

VELASCO. FORTUN. LOPE. HERNAN. PEREZ. GAMBOA. NUÑEZ.
GUZMAN. SOLDADOS.

(Al correrse el telon se advierte el movimiento y animacion de un campamento. Los soldados forman corros, ó se pasean, ó estan ocupados en ejercicios. En una parte se ve á Guzman instruyendo á unos cuantos; en otra, Velasco y Fortun juegan las armas con las negras: á un lado, Gamboa, sentado, toca la guitarra y canta, escuchándole Lope y otros; al opuesto, Hernan y Perez juegan á los dados sobre un tambor, y los estan mirando algunos compañeros. En una altura, á la orilla del mar, estará Nuñez puesto como de vigia.)

Gamboa.

(Canta.)

Torna á mí, dueño mio,
torna esos ojos;
tórnalos aunque sea
llenos de enojos;

Que de su lumbre
me consuelan los rayos
aun entre nubes. *(Sigue tocando.)*

Lope.

¡Bien!

Soldados.

¡Bravo!

- Guzman.* (*A los que instruye.*)
 ; De frente! ; Marchen!
- ; Uno! ; Dos!
- Fortun.* (*Parando un golpe.*)
 ; Parado!
- Velasco.* ; Al pecho!
- Fortun.* ; Eh!
- Velasco.* ; Ah!
- Fortun.* ; Eh!
- Lope.* ; Malditos gritos!
 Podeis ir á los infiernos
 con vuestra esgrima... ; No veis
 que aqui no nos entendemos?
- Velasco.* ; Gran lástima! ; Para oír
 dar voces á ese becerro!
 Imitadnos á nosotros,
 que es mas propio de guerreros.
 Alerta otra vez.
- Fortun.* Ya estoy.
- Velasco.* ; Ah!
- Fortun.* ; Eh!
- Velasco.* ; Ah!
- Lope.* (*A Gamboa.*) Sigue.
- Gamboa.* No quiero.
 (*Tira la guitarra, se levanta, y se dirige con Lope
 hácia los que estan jugando.*)
- Perez.* ; Llévase el diablo los dados!
 De ellos y de mí reniego.
- Lope.* ; Qué eso, compadre Perez?
 ; Pinta mal?
- Perez.* Sin blanca quedo.
 Hoy estoy endemoniado:
 tengo una suerte de perros.
- Lope.* (*Tomando los dados y examinándolos.*)
 ; Toma! ; No la has de tener?
 Mira los dados.
- Perez.* ; Qué veo? ;
- ; Llevan plomo!
- Hernan.* No es verdad.
- Perez.* Sí tal... ; Pícaro fullero!
 Me pagarás...
- Hernan.* Poco á poco...

¡Atrás...! que yo no me de-
mojar la oreja.

Perez. ¡ Ah, tunante!

Verás...

(Saca la espada. Los soldados se interponen. Velasco y Fortun, dejando de tirar las armas, acuden.)

Soldados. Sin reñir. — Teneos.

Nuñez. *(Gritando desde la roca.)*

¡Barco! ¡Barco!

(A esta voz cesa la disputa, y todos se vuelven con curiosidad y ansia.)

Soldados. ¿ Sí? — ¿ De veras?

Nuñez. Mirad, mirad, allá lejos.

(Perez y otros suben corriendo á la roca donde está Nuñez, y se ponen á mirar.)

Lope. ¿ Si querrá Dios que nos llegue el suspirado refuerzo?

Fortun. Si es él, los tres cañonazos del fuerte lo dirán luego.

Hernan. Pues ya no pueden tardar.

Lope. Escuchemos.

Soldados. Escuchemos.

Fortun. Nada.

Hernan. Nada.

Velasco. ¡ Voto al diablo!

¡ Falta paciencia!

Lope. ¡ Silencio!

Velasco. ¡ Qué silencio! ¡ Para oír tres cañonazos!

Perez. *(Desde la roca, á Nuñez, señalando hácia el mar.)*

¿ Aquello?

Nuñez. Sí... ¿ Lo ves?

Perez. ¡ Si es un falucho!

Lop. y otros. ¡ Un falucho!

Fortun. ¡ Majadero!

Velasco. ¿ Con que no es la escuadra?

Perez. *(Bajando con los demas.)* No.

Lope. ¡ Qué fastidio!

Velasco. Sí... ¡ Esperemos

el socorro...! Llegará

cuando renazca mi abuelo.

- Fortun.* Del general es ardid
para que aqui nos estemos.
- Velasco.* Pues yo ya me voy cansando.
- Perez.* ¡Seis meses ya!
- Hernan.* Son eternos.
- Velasco.* Y ; como estamos tan bien!
- Lope.* ; Con hambre siempre y en cueros!
- Hernan.* Lo que es paga, déla Dios.
- Fortun.* ; Y qué rancho tan perverso!
- Velasco.* Ni un maravedí me queda.
- Perez.* Nos falta ya el sufrimiento.
- Velasco.* Valdria mil veces mas
morir todos combatiendo.
- Fortun.* ¿ Quién lo duda?
- Velasco.* Es cobardía
que aqui nos estemos quietos.
- Perez.* Los franceses nos insultan.
- Velasco.* ; Por vida de...! Y á todo esto,
¿ qué noticias hay?
- Lope.* Fatales.
Ni un palmo ya de terreno
nos queda en Italia.
- Hernan.* Ha sido
batido Cardona.
- Velasco.* ; Bueno,
bueno va...! Si aqui ha de haber
traicion.
- Varios.* Por fuerza.
- Perez.* ; Oh! no creo
que Gonzalo...
- Hernan.* Él es amigo
de Nemours.
- Fortun.* Todos sabemos
que quiso darle á su hija.
- Lope.* Andan en tratos secretos.
- Varios.* ; Qué infamia!
- Fortun.* Somos vendidos.
- Velasco.* No es dable sufrir mas tiempo.
- Hernan.* Es fuerza clamemos todos
para salir de este encierro.
- Lope.* Yo quiero volverme á España.
- Soldados.* Y yo. — Y yo.

Velasco.

Vamos, busquemos
quien nos ayude, y hoy mismo
álcese todo el ejército.

Soldados. ¡Vamos! — ¡Vamos! — ¡A Castilla!

(*Se esparcen casi todos por distintos lados y desaparecen. Salen Paredes, Pizarro y otros capitanes: al verlos Lope, Fortun y algunos mas se detienen, quedándose en la escena.*)

Fortun. Paredes viene: me quedo.
Probemos, Lope, si quiere
acaudillarnos.

Lope. Apruebo.

ESCENA II.

PAREDES. PIZARRO. MENDOZA. LOPE. FORTUN. CAPITANES.
SOLDADOS.

Paredes. (*Saliendo irritado.*)
No teneis que predicarme:
estoy dado á Barrabás.
¡Todavía exigir mas!
¡Voto á... que es cosa de ahorcarme!

Pizarro. Sosiégate, buen Paredes:
le cogió de mal humor.
¿Quién ignora que en valor
á nadie en el mundo cedés?

Paredes. No abogo solo por mí:
hablo por mis compañeros;
como buenos caballeros
á todo portarse vi.
Mas esfuerzo que el francés
en la palestra mostramos;
y si el campo al fin ganamos,
justo el reproche no es.
¿No se decian los necios
ginetes de mas pujanza?
Pues ¡á ver quién con la lanza
ha dado botes mas recios!

Fortun. ¿Qué es eso, mi capitán?
¿Quién de mal talante os pone?

Paredes. Gonzalo, Dios me perdone,

me tiene hecho un alquitran.

¿No habéis visto la batalla?

Lope. Aunque bien quisimos ir,
nos prohibieron salir.

¿Zurrasteis á la canalla?

Paredes. La zurramos; mas Gonzalo
dice no hicimos bastante.

Fortun. ¿Vos, capitán!

Paredes. ¿No hay aguante!

Lope. Todo le parece malo.

Paredes. Chicos, oid cómo ha sido,
y juzgad.

Todos. Sí... sí.

Paredes. Un asiento;
que del combate me siento,
y aun mas de rabia, molido.

Lope. Tomad.

(*Le trae una caja de guerra, en la cual se sienta. Todos se le agrupan al rededor.*)

Paredes. Oid.

Soldados. Atención.

Paredes. Eramos número igual:
trece: ansiando cada cual
dar principio á la función.
Toca el clarín... En un vuelo
á la lid nos arrojamus,
y al primer encuentro echamos
cuatro franceses al suelo.

Soldados. ¡Bien!

Paredes. Pero muerto el corcel
de Aller al segundo choque,
los cuatro, armados de estoque,
cargan á un tiempo sobre él.

Soldados. ¡Cobardes!

Paredes. Con gran constancia
él de todos se defiende:
nuestra cólera se enciende;
y ¡se arma allí una san Francia...!
¡Qué hazañas, hijos, tan nobles!
¡Qué destreza! ¡qué valor!
Y con denodado ardor,
¡qué estocadas! ¡qué mandobles!

Los arneses abollando,
 las espadas que caían,
 cien mártillos parecían
 sobre el férreo yunque dando.
 Aquí vuela una cimera,
 allí pedazos de escudo,
 allá del brazo membrudo
 salta la armadura entera.
 Mas de una herida profunda
 causa en los pechos estrago,
 y reñimos sobre un lago
 de sangre que el suelo inunda.
 Al ver tamaño furor,
 se aterroran los circunstantes,
 y en los turbados semblantes
 se halla pintado el horror.
 ¡Soberbio!

Soldados.

Paredes.

Solo quedaban
 nueve contrarios; los siete
 á pié: mi bando arremete;
 diez sus caballos montaban.
 Ya entonces marchar nos vieran
 de pronta victoria ciertos;
 mas de sus caballos muertos
 ellos detras se atrincheran;
 y las lanzas por encima
 á los nuestros presentando,
 hieren, ilesos quedando,
 al que valiente se arrima.
 Yo en romperlos me empené;
 mas... ¡reniego de mi suerte...!
 herido el bridon de muerte,
 me quedo tambien á pié.

Soldados.

Paredes.

¡Qué desgracia!
 ¡Oh! Pero yo
 no por eso me abatí:
 ¡vencerme un francés á mí!
 ¡No, en mis dias, eso no!
 ¿Qué hago? Por límite habia
 del campo piedras tamañas,
 que cada cual, sin patrañas,
 diez arrobas pesaria.

Una tras otra las cojo,
 y cual si fuesen camuesas,
 á las cabezas francesas
 sin compasion las arrojó.
 Ellos que encima caer
 se ven tal lluvia, y no escasa,
 sin saber lo que les pasa,
 partido quieren mover;
 y sin pararse en sonrojos,
 rabo entre piernas se alejan,
 y por trofeos nos dejan
 el campo con los despojos.

Soldados.

¡Bravo! ¡bravo!

Paredes.

¿Qué os parece?

¿Nos portamos con honor?

Fortun.

Hazaña de tal valor
 coronas sin fin merece.

Paredes.

Pues, hijos, el general,
 porque á todos no rendimos,
 pretende que nada hicimos,
 y que nos portamos mal.
 “Ved, le he dicho, que es, á fé,
 el francés buen caballero;”
 mas él responde altanero:
 “por mejores los mandé.”

Fortun.

¡Así los esfuerzos paga
 de tan valientes soldados!

Lope.

Con su arrogancia cansados
 ya nos tiene.

Fortun.

Al fin se haga
 lo que resuelto hemos todos.

Paredes.

¿El qué?

Lope.

Volvemos á España.

Paredes.

¡Cómo! ¡cómo!

Fortun.

De campaña
 estamos hartos.

Paredes.

¿Qué modos
 son esos? ¿Osais...?

Fortun.

Mirad:
 aquí todo el campo viene,
 y lo que digo sostiene.
 Amigos, llegad, llegad.

DICHOS. VELASCO. HERNAN. PEREZ. SOLDADOS.

(Acuden por todas partes corriendo los soldados, y dando furiosos gritos.)

- Soldados.* ¡A España! ¡A España!
- Paredes.* ¿Qué veo?
- Perez.* ¡No queremos sufrir mas!
- Hernan.* ¡Que nos den nuestras soldadas!
- Velasco.* ¡Fuera ese gran capitan!
- Soldados.* ¡Afuera!
- Paredes.* ¿Cómo se entiende?
Gente vil, ¿decir osais...?
- Fortun.* Bastan ya tantas miserias;
volvamos al patrio hogar.
- Lope.* No queremos mas combates:
queremos la paz.
- Soldados.* ¡La paz!
- Paredes.* ¡Háse visto...!
- Velasco.* Buen García,
sed vos nuestro general:
poneos á nuestra frente,
de este encierro nos sacad;
que aqui nos venden traidores...
- Paredes.* El traidor tú lo serás,
canalla. ¡A ver! Al instante
¡fuera de aqui...! Por San Juan,
que si luego como ovejas
á vuestras tiendas no os vais,
de rebanaros á todos
las cabezas soy capaz. (Saca la espada.)
¡Sublevarse, vive Dios,
contra Gonzalo! Ea, ¡atrás!
¡Fuera de aqui!
- Soldados.* No.—No.—No.
- Paredes.* ¡A España! ¡A España!
Verán
como... Amigos, ayudadme.
- Pizarro.* A tu lado me tendrás.
- Paredes.* ¡A ellos!

Capitanes.

¡A ellos!

Soldados.

¡Mueran!

Paredes.

Cobardes, vais á pagar...

(Los capitanes rodean á Paredes, y sacando las espadas se preparan á defenderse contra los soldados, que hacen ademán de acometerlos. Gonzalo sale por el lado en que estan los capitanes, y se coloca en medio de todos.)

ESCENA IV.

DICHOS. GONZALO.

Gonzalo.

¿Qué es esto? ¡Qué estraños gritos!

¿Qué os conturba? ¿Qué sucede?

Paredes.

Señor, son estos traidores,

que osan alzarse rebeldes;

pero juro por Santiago...

Gonzalo.

Teneos, Diego Paredes.

¡Vuelva el acero á la vaina,

y sosegaos.

Paredes.

Si quieren...

Gonzalo.

Estoy entre mis soldados,

y nada mi pecho teme.

(A los soldados.)

Y bien, hijos, ¿qué quereis?

(Los soldados, que asi que ha salido Gonzalo se habrán calmado, retroceden un poco y quedan silenciosos, atreviéndose apenas á mirarle.)

Lope.

(Amedrenta solo el verle.)

Velasco.

¿Qué miro...? Os acobardais?

Pues yo no... Malvado, muere.

(Asesta su pica contra el pecho de Gonzalo: este, sin perder su calma, la aparta con la mano.)

Gonzalo.

¡Eh! mira que sin querer

no me hieras.

(Velasco queda petrificado, y los soldados retroceden mas todavia. Paredes acude á la defensa de Gonzalo. Murmullos y agitacion.)

Paredes.

¡Insolente!

¿No castigais...?

Gonzalo.

Ya os lo he dicho:

calma, García.

Paredes.

¡Me puede!

Gonzalo.

¡Y bien...! Hablad... Ya os escucho...

Alzad del suelo esas frentes...

Miradme bien: soy Gonzalo;

vuestro amigo, vuestro gefe.

Fortun.

Señor...

Gonzalo.

Hablad: no temais.

Lope.

La verdad... esto se tuerce...

y ya de tanto sufrir

se halla cansada la gente.

(*Los soldados se van animando por grados.*)

Fortun.

Queremos volver á España.

Hernan.

Sin paga estamos seis meses.

Perez.

Nos vemos casi desnudos.

Fortun.

Y á los frances nos venden.

Lope.

No quiero que pies y manos

atado á Francia me lleven.

Soldados.

¡Ni yo! — ¡Ni yo! — ¡Mi licencia! —

¡Mis pagas! — ¡Lo que nos deben!

Paredes.

¡Qué alborotar! De mi genio

¡que no pueda aquí valerme!

Gonzalo.

¿Quereis volveros á España?

Abierto el camino tiene

el que cansado de gloria

solo el oprobio apetece.

¿Vuestras pagas me pedís?

Muy bien, las tendreis en breve;

que aunque yo mi propia hacienda

para pagaros empeñe,

nada á gente sin honor

Gonzalo deber pretende.

¡Que aquí traidores intentan

venderos á los franceses!

¡Vive Dios, que quien tal dice

como un vil menguado miente,

y le he de arrancar la lengua

si á repetirlo se atreve!

Traidores aquellos son

que su puesto no defienden,

que le abandonan cobardes,

que al peligro espaldas vuelven,

y sin osar combatir

el lauro al contrario cedén.

Paredes. Esos, sí.

Gonzalo. Yo no os detengo; pronto, el que quiera se aleje; que en vez de hacer aqui falta, estorba un cobarde aleve.

Solo me quedo... ¿Qué digo?

Solo no; que aun hay valientes:

aun hay quien de santo ardor

siente su pecho que hierve,

y vale mas uno de estos

que ciento que morir temen.

Paredes. Yo soy de ellos, general;

y estos tambien: contad siempre

con nosotros.

Capitanes. Sí.

Paredes. Aunque venga

Francia con toda su gente.

Gonzalo. No lo dudo, compañeros;

y aunque mas el triunfo cueste,

si no me faltais vosotros,

no me faltarán laureles.

(Señalando á los soldados.)

¡Esos son los castellanos,

los valerosos, los fuertes,

los que se llaman sufridos,

los que desnudez no temen,

los que antes desafiaban

lluvias, hambres, escaseces,

y asistian á un asalto

mas gozosos que á un banquete!

¡Hélos ahí...! Mas no son

castellanos... son mugeres.

Fortun. ¡Mugeres, mi general!

Gonzalo. Mugeres, sí... ¿Qué os detiene?

Marchad, volveos á España;

mas no á vuestro lado cuelguen

los inútiles aceros:

que vuestra infamia envilece:

tomad rucas, que esas solo

las armas son que os convienen.

(Rumor entre los soldados.)

Marchad, y si os preguntaren
dónde se halla vuestro gefe,
responded que abandonado
habéisle cobardemente;

que solo, en playa estrangera,
luchando contra la suerte,
por vosotros no ha triunfado,
por vosotros tal vez muere;
y que si vence el francés,
tambien por vosotros vence.

Soldados.

¡Por nosotros!

Gonzalo.

Pero no,

no vencerá; que se enciende
mi pecho, y dulce esperanza
de la victoria le mece.

Triunfaremos: me lo dice
el corazon, que no miente.

Otros cogerán los lauros
que en estas orillas crecen,
y que abandonais cobardes
á quien mas leal los siegue;
y cuando de nuestros nombres
España toda se llene,
cuando el rumor de mis triunfos
á vuestros oídos llegue,
y los cánticos de gloria
con envidia en ellos suenen,
entonces vuestra ignominia
llorareis con llanto ardiente,
buscareis para esconderos
los mas oscuros albergues,
y quien os llegue á mirar
os escupirá en la frente.

Soldados.

¡Ah! ¡no, no!

Fortun.

(*Arrojándose á sus pies.*) Mi general,
soy un infame, un aleve:
castigadme.

Velasco.

(*Lo mismo.*) A vuestros pies
llorando mi crimen vedme.

Soldados.

¡Perdon! ¡perdon!

(*Los soldados rodean á Gonzalo, arrojándose á sus
pies. Él los levanta con alegría y cariño.*)

Gonzalo.

En buen hora :
donde un templo el honor tiene ,
ya sabia que el honor
á hacerse oír pronto vuelve.
Alzad.

Velasco.

Señor, nuestra falta
en sangre lavarse debe ;
sino en la nuestra, serálo
en sangre de los franceses.
Llevadnos al enemigo.

Fortun.

Sí, que nuestros golpes pruebe.

Soldados.

¡Al combate!

Gonzalo.

Pronto ireis ;
pronto, españoles valientes,
yo os juro que nuevos lauros
han de adornar vuestras sienes.
¿Me seguireis?

Fortun.

Hasta el fin
del mundo.

Velasco.

Y hasta la muerte.

Gonzalo.

Bien, hijos, bien : ese ardor
en vosotros brille siempre.

(Los hace acercarse, y va apretando la mano sucesivamente á varios de ellos.)

Venid, y cercadme todos :
sois mis hijos... Seguid fieles
mis banderas, y no hay riesgos
que con vosotros me arredren.
Hernan, dame tú la mano,
mucho tu esfuerzo promete ;
á tí, Fortun, basta solo
que tus hechos te recuerde ;
Guzman, muy bien te portaste
en Ostia ; tú, bravo Perez,
nadie te resiste cuando
con el lanzon acometes ;
Velasco, levanta el rostro,
no tan sentido te muestres,
que si antes erró tu lanza
el blanco do asestar debe,
yo sé que se enmendará
rompiendo contrarias huestes.

- Velasco.* Sí, mi general, mandadme
donde mas riesgos se encuentren.
Amigos, ¡viva Gonzalo!
- Soldados.* ¡Viva!
(*Suenan tres cañonazos.*)
- Gonzalo.* ¡Escuchad!
- Velasco.* Son del fuerte.
- Gonzalo.* Hijos, esta es la señal.
- Fortun.* (*Desde la altura donde habrá subido con
algunos.*)
¡Una escuadra!
- Lope.* Hacia aqui viene.
- Gonzalo.* Es el refuerzo.
- Soldados.* (*Con alegría.*) ¡El refuerzo!
- Gonzalo.* A la lid todos se apresten.
(*Toma el estandarte de Castilla, que se hallará clavado
á un lado del teatro, y se coloca en medio enseñán-
dolo á los soldados.*)

Mirad, la enseña es esta del valiente,
este el noble estandarte de Castilla.
Sobre morada seda oro luciente
labrado en torres y leones brilla,
signos de la virtud que eternamente
los españoles guardan sin mancilla;
pues si constantes son cual torreones,
valientes son tambien como leones.

Seguidle, compañeros: astro sea
que sobre nuestras frentes luminoso
se alce y nos guie á la mortal pelea
del alto honor por el camino hermoso;
y á la par el francés lucir le vea
cual metéoro horrible, pavoroso,
que término poniendo á su dominio,
sea nuncio fatal de su esterminio.

Vedla, allí la teneis, la ansiada tierra,
la Italia, objeto de eternal codicia,
que ciudades famosas mil encierra,
y el genio de las artes acaricia;
que ofrece por solaz tras dura guerra,
de sus pensiles bellos la delicia;
y do entre fiestas y armoniosos coros
le aguardan al valor ricos tesoros.


A conquistarla, pues, hijos de España;
 rinda el acero lo que ven los ojos:
 como el águila audaz que en digna hazaña
 de su presa arrebató los despojos;
 y vencido el rival, con fiera saña,
 garras y pico de su sangre rojos,
 hasta la alta región del sol radiante
 con el noble botín se alza triunfante.

Venid: si ignora nuestra fuerza el mundo,
 hasta aquí distraída en guerra santa,
 derrámese el torrente que iracundo
 sus importunos diques hoy quebranta;
 contemple Europa con terror profundo
 este nuevo poder que se levanta.
 Aquel es el camino de la gloria:
 amigos, á vencer.

Todos.

¡A la victoria!

FIN DEL ACTO CUARTO.



Acto quinto.

Tienda magnífica de campaña, abierta por el fondo, viéndose el campo y á lo lejos un pais ameno.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO. MENDOZA. COLONNA. ELVIRA. LEONOR. SOLDADOS.
DAMAS.

(Al correrse el telon se ve á Gonzalo con algunos de sus capitanes y caballeros, armados todos de punta en blanco, reunidos en grupo, y atendiendo á la batalla que se está dando, y cuyo ruido de mosqueteria y cañones se oye á lo lejos. Elvira está hácia el proscenio sentada en un taburete, apoyada en Leonor, rodeada de sus damas y sumida en un profundo abatimiento.)

Gonzalo. Reñida va la accion.

Mendoza. Sí, ; vive Cristo!

Gonzalo. Mejor: el triunfo nos dará mas gloria.

Mendoza. Bien combate el francés.

Gonzalo. Es buen guerrero;
pero nuestro es el lauro en Cerinola.

Colonna. Mas valor que prudencia hoy ha mostrado,
puesto que en esta altura nos provoca.

Gonzalo. El terreno elegí; que en la llanura
nos vencieran sus huestes numerosas.

Mendoza. Caro le ha de costar subir el cerro.

Colonna. No obstante, al fuego sin temor se arroja.

Mendoza. Allí los fosos asaltar intenta.

Gonzalo. Los defiende Paredes; nada importa.

Mendoza. Con efecto... Allí está... Mirad ¡qué golpes!
cada mandoble de él rompe una cota.

Gonzalo. ¡Bien, Paredes, muy bien...! ¡Ah, buen soldado!
Como quien eres, vive Dios, te portas.

Colonna. Uue, para vencerle, el enemigo
en cerrado escuadron sus huestes todas.

Mendoza. Mas en esa pared de ardiente acero
mirad cómo el cañon abre cien bocas.

Colonna. Pero mirad tambien con qué presteza
otros, donde unos mueren, se colocan.

Gonzalo. El instante llegó: con cien caballos
id, y el costado acometed, Mendoza.

Mendoza. Corro, mi general: me abochornaba
de que estuviera aqui mi espada ociosa.

(*Vase Mendoza.*)

Colonna. Ya era tiempo, en verdad: por aquel lado
acude cual torrente en raudas olas
numeroso escuadron que aun entre el polvo
deslumbra con sus armas brilladoras.

Gonzalo. En él la flor de los contrarios marcha:
Bayardo, Clandeunier, Melfi, Lamota.

Colonna. Y á su frente Nemours.

Elvira. (*Alzándose con sobresalto.*)

¡Nemours!

Gonzalo. ¿Qué es eso?
¡Al escuchar su nombre tal zozobra!

Elvira. Padre...

Gonzalo. No es tiempo de flaqueza indigna,
cuando pide el honor almas heróicas.
Si algun dia Nemours caro te fuera,
hoy en tu pecho la pasion ahoga.

Elvira. La quiero sofocar, y mal mi grado,
siento que siempre el corazon le adora.
¿Cómo odiarle podré si, aunque enemigo,
virtudes mil en él brillan hermosas?
Vos mismo le admirais.

Gonzalo. Sí, yo le admiro;
mas debo, Elvira, combatirle ahora:
que en las filas contrarias á mi patria
amigo ya no tengo á quien conozca.

Elvira. Tampoco olvido yo que por mis venas
corre sangre leal, sangre española;

y á la par que le adoro, al cielo pido
el triunfo de mi patria y su derrota.

Pero débil muger...

(Óyese una gran detonacion acompañada de mucha claridad.)

Gonzalo. ¡Gran Dios! ¿Qué es esto?

Esa detonacion... La tierra toda
se conmueve.

(Sale Pizarro presuroso y asombrado.)

ESCENA II.

DICHOS. PIZARRO.

Pizarro. Señor, perdidos somos.

Gonzalo. ¿Qué fiero espanto en vuestra faz se nota!
¿Vos con miedo, Pizarro!

Pizarro. No es posible
continuar la batalla. De la pólvora
el inmenso repuesto se ha inflamado
con horrible esplosion atronadora;
y al tremendo cañon del enemigo,
no tenemos cañon que ya responda.

Colonna. ¡Cielos...! Mirad allí... Las tiendas arden,
y cual del mismo infierno el fuego brota.

Pizarro. ¡Ó desgracia fatal!

Colonna. Corramos pronto.

Gonzalo. Teneos... ¿Dónde vais...? Y ¿qué os asombra?
Compañeros, buen ánimo: esas llamas
las luminarias son de la victoria.
¿La pólvora nos falta? ¿En hora buena!
Es que para vencer hoy nos estorba.
Son las espadas que de cerca hieren
mas certeras que balas alevosas.

(Sacando la espada.)

Estas las armas son del buen soldado:
seguidme todos, y vereis cuál cortan.
Junto á mí, compañeros: bien unidos,
impávidos, y firmes como rocas,
corramos al combate, y arrollemos
cuanto al ímpetu nuestro audaz se oponga. *(Vanse.)*

ESCENA III.

ELVIRA. LEONOR. DAMAS.

Elvira. (Con entusiasmo.)

¡Guíadle, Santo Dios! Prestad aliento
á su gran corazón: haced que rompa
su fuerte lanza las contrarias huestes,
y sostened su diestra vencedora.

¡Que yo sea muger...! ¡Que yo no pueda
vencer lidiando ó perecer con gloria!

¡Oh! con cuánto placer... ¡Cielos! Cuál arde
esa cruenta lid... ¡El aire asorda
el tremendo cañon...! De polvo y humo
negra nube la luz del día roba.

¡Cuántas muertes allí...! ¡Cuántos guerreros
la tierra dejan con su sangre roja!

¡Ay, en el corazón siento la mía
que de espanto y horror se hiela toda!

Ofúscase mi vista... El pié flaquea...

¡Ah! ¡sostenme, Leonor!

*(Se deja caer entre los brazos de Leonor y las damas,
que acuden á sostenerla.)*

Leonor.

¡Cielos...! ¡Señora...!

Desfallece... acudid... ¡Ay, en su rostro
de la muerte se ven las negras sombras!

¡Con qué pena respira!

*(Elvira, á quien habrán sentado sus damas, se recobra
poco á poco. Cesa de oírse el cañon.)*

Elvira. (Poniendo la mano en el pecho.)

Aquí yo siento

una fiera opresión... Mi voz se ahoga...

*Leonor. Descansad.**Elvira. (Prestando el oído.)*

Nada ya... Cesó el estruendo...

¡Qué silencio...! Tal vez la lid odiosa
ha terminado ya... No... no... mil ayes
aun llegan hasta mí... ¡Callada corta
la muerte sin piedad preciosas tramas,
cadáveres pisando por alfombras!

¿Quién allí morirá? ¡Ten la guadaña,
dios exterminador...! Do quier recorras

con tus funestos golpes esos campos,
 allí cruel mi corazón destrozas.
 ¡Padre...! ¡Esposo...! ¡Ó despecho...! ¡En la refriega
 frente á frente tal vez se hallan ahora,
 y cual feroces tigres se acometen,
 y el uno al otro con furor inmola!
 ¡Ay! ¡Que esta idea me destroza el alma,
 y mi débil razón fiera trastorna!
 ¡Yo deliro, Leonor!

Leonor. Calmad, os ruego,
 esos vanos terrores que os acosan.

Elvira. ¡Yo deliro, Leonor...! Ni la esperanza
 me deja el cruel destino que me agobia;
 y quien quiera que triunfe, serán lutos
 las galas para mí de la victoria.

Leonor. Pensad en vuestra patria, en vuestro padre:
 y en su gloria pensad, en ella sola.

Elvira. ¡Ah! sí, tienes razón. Dios soberano,
 la femenil flaqueza en mí perdona:
 da la palma á mi padre; que su nombre
 con asombro y temor repita Europa;
 y si es preciso que Nemours sucumba,
 hazle á lo menos sucumbir con honra.

(*Óyese rumor á lo lejos.*)

Leonor. ¿Oís...? Nuevo rumor...

Elvira. (*Levantándose y dirigiéndose con presteza al fondo.*)

¡Ah! Yo no puedo
 la impaciencia sufrir que me devora.
 Vamos, vamos Leonor... Aunque perezca,
 quiero yo misma ver... ¡Pero Colonna!

ESCENA IV.

DICHOS. COLONNA.

(*Sale Colonna con grande agitación.*)

Elvira. ¡Oh, cuán turbado está...! ¿Qué nueva infausta
 á anunciarme venís?

Colonna. ¡Llorad, señora,
 llorad...! ¡Ó fiera suerte!

Elvira. ¿Qué suceso...?

Colonna. Es indudable ya nuestra derrota.
Vuestro padre...

Elvira. ¡Vencido...! ¿Quién...? ¿Mi padre!
¡Él vencido...! Mentís.

Colonna. Con marcha pronta
en su fiero bridon volaba osado
al combate feroz. Raudo se arroja
de unos pocos seguido que valientes
su carrera igualar apenas logran.
Menos brioso mi corcel causado,
por mas que el acicate le agujiona,
largo espacio detras, mal que me pese,
me deja espectador de lid furiosa.
Me afano por llegar; mas ¡ó desgracia!
en medio de las balas matadoras,
caer miro á Gonzalo, y sin él, lejos,
su caballo escapar.

Elvira. ¡Gran Dios!

Colonna. Se golpan

todos veloces al funesto sitio;
solo desorden, confusion se nota:
“ha muerto,” esclaman; y el desmayo cunde,
y en los ojos do quier el miedo asoma,
y corren, y se turban, y se mezclan,
como en airado mar revueltas ondas.

Yo en trance tan fatal de vos me acuerdo:
vamos, digo, veloz: si España llora
al gran caudillo, mi amistad sincera
en salvo al menos á su hija ponga.

Elvira. Y ¿quién os dice que salvarme quiero?
Esta mísera vida ¿qué me importa?
Muerto mi padre, mi esperanza es solo
encerrarme con él bajo su losa.
Venid, guiadme do tendido en tierra
por la llaga crüel su sangre brota:
alli herida tambien, muera á su lado,
si antes no me ha matado mi congoja.

Colonna. Teneos... ¿qué intentais...? ¿Qué atroz designio...?
(*Se oye gran ruido de voces que gritan ¡Victoria! acompañado del sonido de las trompas.*)

Mas ¿qué voces...? ¿Oís?

Elvira. Claman ¡victoria!

Colonna. Aquí en tropel confuso mil guerreros
se dirigen al son de alegres trompas;
y en aire vencedor alzan y ondean
al viento las banderas triunfadoras.
¡Dios! ¿Qué miro...? ¡Ó sorpresa! ¡Allí Gonzalo!

Elvira. ¡Mi padre...! ¡Él es...! ¡Él... es...! Voy presurosa..

ESCENA V.

DICHOS. GONZALO. MENDOZA. PIZARRO. CAPITANES. SOLDADOS.

(*Salen todos presurosos con aire triunfante: los soldados llevan banderas y trofeos.*)

Gonzalo. Nuestra es, en fin, amigos, la jornada.
El alto cielo nuestro ardor corona.
Gozad del triunfo; mas tratado sea
el vencido con mano generosa:
después de la batalla, es ya delito
lo que fué combatiendo acción heroica.

Elvira. ¡Padre!

Gonzalo. (*Abrazándola.*)

¡Elvira!

Elvira. ¿Vencisteis?

Gonzalo. Nuevos lauros,
hija, la frente de tu padre adornan.

Elvira. ¿No lo decía yo...? ¿Quién? ¡Él, vencido!
¡Gonzalo...! No, jamás. — ¿Lo veis, Colonna?

Colonna. Engaño mío fué; mas yo jurara
que os vi caer.

Gonzalo. Es cierto. En su ardorosa
carrera mi brido, rebelde al freno,
sobre el pendiente suelo se desploma.
Caigo, y todos se aterran; mas al punto
me alzo, y digo al mirar que ya zozobran:
“Pues la tierra me abraza, bien me quiere;
hijos, mejor á pié se va á la gloria.”
Inflámanse al oírme, y á pié todos,
apretado escuadron conmigo forman.
En breve nuestros los contrarios bronces
que muertes lanzan por la ardiente boca,
dejan ya de atronar: con sus ginetes
acuden entre nube polvorosa
Bayardo, Chandennier; mas con los nuestros

á su encuentro tambien sale Mendoza ;
 y Villalba, y Paredes, y Pizarro,
 con fieros golpes al francés destrozan.
 Nada resiste ya: del alto cerro
 bajan rodando la empinada loma.
 las huestes enemigas, y en los campos
 cual torrente sin cauce se desbordan.
 A su alcánc e Paredes ha corrido,
 y de este triunfo concluirá la obra.

Elvira. ¡Gloria al Gran Capitan!

Gonzalo. ¡Gloria á Dios! hija:
 suya es solo y no mia esta corona.

Elvira. Sí. — Mas ¡ ay ! perdonad... Mi alma debiera
 el júbilo sentir que todos gozan.
 Pero un fiero temor... ¡ Ah ! yo no puedo
 su idea desterrar de la memoria.

Gonzalo. Te comprendo... Nemours...

Elvira. ¿Cuál es su suerte?

Gonzalo. ¿Quién la puede saber?

Elvira. Mas él blasona
 de valiente, de noble... ¿ Le habeis visto?

Gonzalo. Sí, yo le vi un momento, de sus tropas
 alentar el valor, y con su ejemplo
 la palma entre él y yo dejar dudosa.

Elvira. ¿ Despues ?

Gonzalo. Despareció.

Elvira. ¿ Nemours vencido !

¡ Y lo que es el huir Nemours ignora !

Gonzalo. Eso no.

Elvira. Pues ¿ qué es de él ?

Gonzalo. Tal vez, Elvira,
 lo que fuera tu padre en la derrota.

Elvira. ¡ Ah ! (*Con gran terror y ocultándose el rostro
 entre las manos.*)

ESCENA VI.

DICHOS. PAREDES.

Paredes. ¡ Señor !

Gonzalo. ¿ Qué quereis, fuerte Paredes ?

¡ Bien os habeis portado !

Paredes. No hice cosa
 que los demás no hicieran.

Gonzalo.

¿El alcance

se ha terminado ya?

Paredes.

Sigue la broma ;
mas basta con Villalba, que persigue
á los pocos que restan. Vengo ahora,
señor, á presentar los prisioneros
que entre la inmensa turba hay de mas uota.
Alegre, d'Aubiñí, Melú...

Gonzalo.

Que vengan.

Amigos, con honor se les acoja :
todos valientes son.

Paredes.

El mas ilustre
cercana mira ya su postrer hora.

Gonzalo. ¿Quién es?

Paredes.

Nemours.

Gonzalo. }

Elvira. }

¿Nemours!

Paredes.

Sí ; mal herido,
exánime, entre muertos y armas rotas,
le he encontrado al volver.

Gonzalo.

¿Ah! vamos pronto...

Paredes. Ya se acerca... Mirad.

Elvira.

¿Fiera congoja!

ESCENA VII Y ÚLTIMA.

DICHOS. NEMOURS. ALEGRE. AUBIÑÍ y OTROS CABALLEROS
FRANCESES PRISIONEROS.

(Sale Nemours traído por soldados en unas andas
formadas con escudos y lanzas.)

Elvira. (Corriendo hácia Nemours.)

¿Nemours! ; Nemours!

Nemours.

¿Elvira!

Gonzalo.

¿Honor, respeto

al valor desgraciado!

(Alzan las banderas y saludan con ellas.)

Nemours.

¿Eterna gloria

al noble vencedor!

Gonzalo. (Yendo hácia él.) ¿Amigo!

Nemours.

Dadme

esa mano, Gonzalo.

Gonzalo. (Dándosela con entusiasmo.) ¿Ah! sí.

Nemours.
un recelo al morir.

Gonzalo. ¿Cuál es?

Nemours. Decidme...

porque mas que la vida esto me importa...
¿cumplí con mi deber...? En tal desgracia
¿algo el honor sagrado me reprocha?

Gonzalo. ¿Eso preguntais vos? ¿Quién dudar puede
de un honor que en la sangre se acrisola?
Puro, ileso ha quedado: esta jornada
infausta os pudo ser, mas no os desdora;
y entre los dos, Nemours, si he de ser justo,
fué diversa la suerte, igual la honra.

Nemours. ¡Gracias, gracias, amigo!

(*A los franceses prisioneros.*)

Compañeros,

ya lo oís... Si por dicha alguno torna
á nuestra hermosa Francia, al rey decidle
que fuí leal, si con ventura poca.

Gonzalo. No estrechára su mano con la mia
á no ser de esa suerte... Mas socorran
prontos auxilios...

Nemours. No... fueran en vano...

Es la herida profunda... y ya se agotan
con la sangre mis fuerzas... Solo os pido
un inmenso favor.

Gonzalo. Hablad.

Nemours. Si en otra

época mas feliz, un amor puro
vió ya encendida la nupcial antorcha...
si la suerte fatal, rompiendo el lazo
de tan dichosa union, trocó mis bodas
en sanguinosa lid... cúmplase el voto
hoy de este triste que el sepulcro toca.
Una su mano con mi mano Elvira,
y logre al espirar llamarla esposa.

Elvira. Sí, sí, tu esposa soy, Nemours, lo juro:
mi juramento fiel los cielos oigan.

Tuyo es mi corazon, tuya mi mano;
tu nombre llevaré con vanagloria;
y á los pies me verán de tu sepulcro
vestir llorando las funéreas tocas.

Gonzalo. (*Poniendo sus manos sobre ellos.*)
 Y yo bendigo tan sagrado nudo,
 que hace la muerte mas solemne ahora.
 Gran Dios, si decretaste allá en tu mente
 que hoy, hecho apenas, con dolor se rompa,
 en tu eterna mansion benigno acoge
 de este noble guerrero el alma heróica;
 y alli mezclado á tu milicia santa,
 sea á su viuda angelical custodia.

Nemours. Ahora soy feliz... ahora puedo
 alegre aqui espirar.

Elvira. ; Ah! no: abandona
 idea tan atroz.

Nemours. Llegó el instante...
 Siento... mis ojos ya... fierá congoja...
 Ven... acércate, Elvira... y en tu seno
 su aliento exhale postrimer mi boca.
 A Dios, Gonzalo... Compañeros míos...
 á Dios... Mal te serví... Francia... ; perdona!

Elvira. (*Dejándose caer sobre su cuerpo.*)
 ; Ay, espiró!

Gonzalo. ; Infeliz! — Lloremos todos
 esta muerte á la par triste y honrosa.
 Llegad esas banderas; que á su frente
 en el trance fatal den noble sombra.

(*Acercan todas las banderas y las colocan formando
 un pabellon sobre el cadáver de Nemours.*)

Baje á la tumba, cual su sangre pide,
 con brillante aparato y marcial pompa;
 y á un ilustre guerrero mire el mundo
 cómo, aun siendo enemigo, España honra.
 Franceses, libres id: llevad sus restos
 do su ilustre proginie en paz reposa.
 — Y vosotros, valientes castellanos,
 alegres disfrutad de la victoria.
 Vuestra á Italia teneis, despojo bello
 que los campos os dan de Cerinola;
 y ya el nombre español que con asombro
 escuchará de hoy mas postrada Europa,
 á par de los mas grandes, en el templo
 de la inmortalidad grabe la historia.

FIN DEL DRAMA.

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las artes suntuarias, tanto por su interesante contenido como por su esmeradísima ilustración

HISTORIA DE LA PINTURA Y ESCULTURA.— Un tomo de 952 páginas con 1.157 grabados intercalados en el texto y 49 láminas sueltas, algunas de ellas preciosas cromolitografías, que se adquieren con independencia de los demás de que consta la obra, se vende á setenta y cinco pesetas solamente encuadrado, con la facilidad de pagar su importe en plazos mensuales.

HISTORIA GENERAL DEL TRAJE.— Forma dos tomos, que constan de 300 páginas de texto y doscientas cuarenta bellísimas cromolitografías, y se venden, artísticamente encuadrados, al precio de ciento quince pesetas, que asimismo pueden ser pagadas en plazos mensuales.

HISTORIA DEL MUEBLE, TEJIDO, BORDADO Y TAPIZ, METALISTERÍA, CERÁMICA Y VIDRIOS.— Se halla en publicación esta interesante parte de nuestro libro, que, como en los anteriores, va ilustrada con numerosos y perfectos grabados.

ORNAMENTACIÓN.— Estudio analítico de los elementos que la integran y sintético de sus diversas evoluciones á través de los principales estilos, ilustrado con 115 láminas tiradas aparte y va

